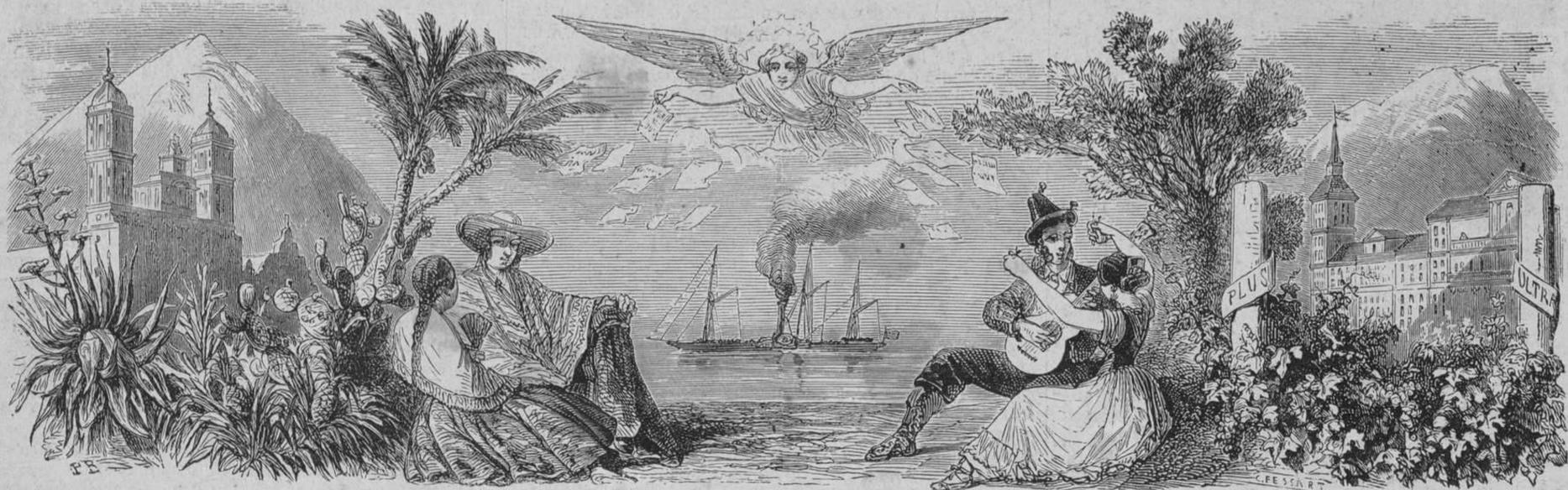


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Sautnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 482.

SUMARIO.

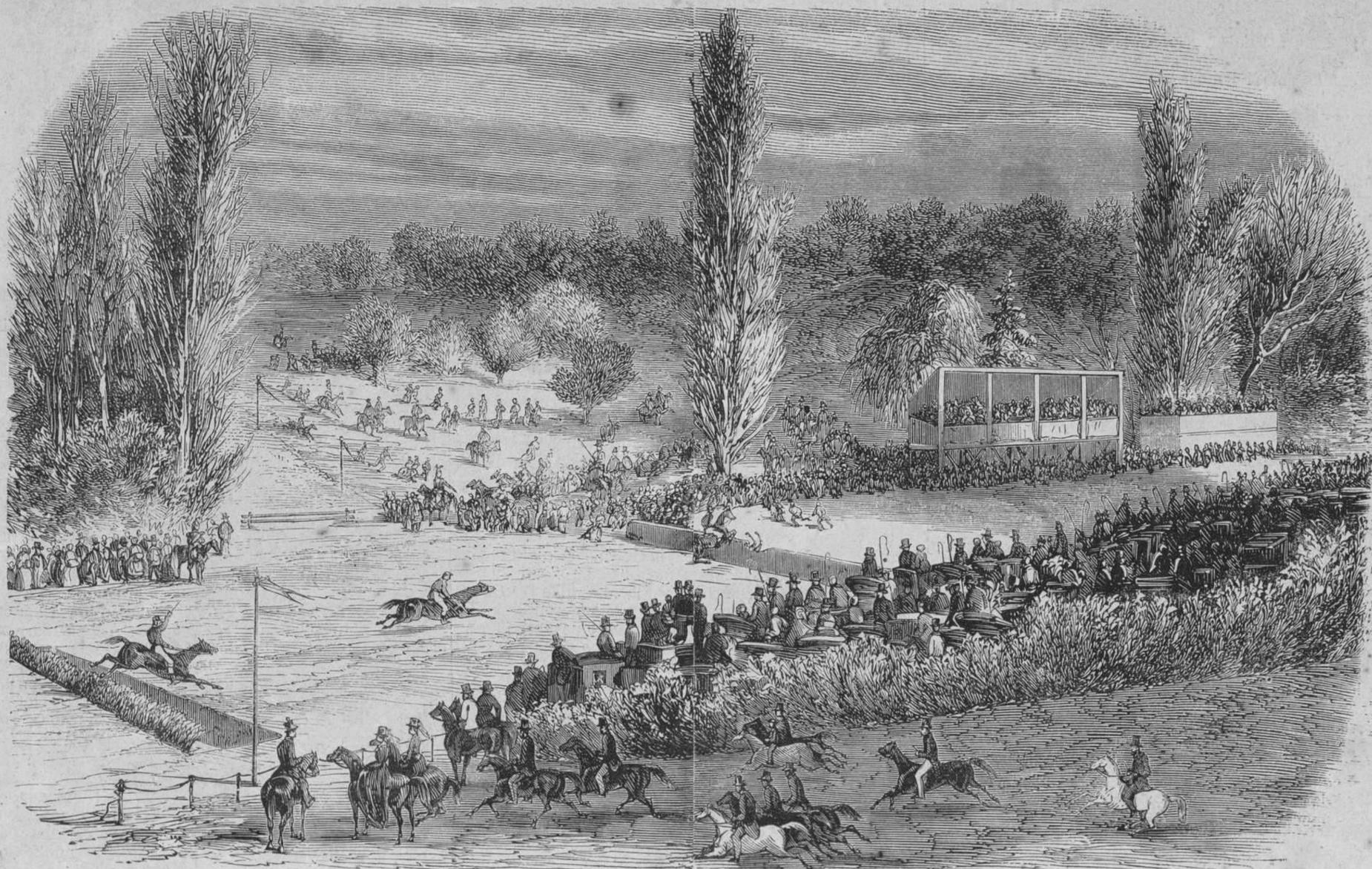
Primeras carreras de caballos en 1862; grabado. — **Academia de ciencias exactas, físicas y naturales de Madrid.** — **El algodón;** grabado. — **Las faenas agrícolas de la primavera;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Las primeras flores.** — **Apuntes de un viaje á España;** grabados. — **Un año de matrimonio.** — **Las minas de sal de Wieliczka;** grabado. — **Baile dado en el Gran Teatro de Lyon;** grabado. — **Las hermanas Delepierre;** grabado. — **Revista de la moda.** — **Una marquesa célebre.** — **M. Billault;** grabado. — **M. Julio Favre;** grabado. — **M. Kelter;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

Primeras carreras de caballos en 1862.

El domingo último se han inaugurado en la Marche, cerca de Paris, las carreras de caballos de este año (estacion de primavera). Favorecido por un tiempo magnifico, el espectáculo llamó la atencion de mucha gente, y desde la una de la tarde el hermoso camino de Paris a Saint-Cloud por el bosque de Boulogne estaba surcado de carruajes de toda clase, sillas de posta, berlinas, stage-coaches, tandems, tilburys, americanas, faetones, en fin, todos los vehiculos conocidos, y sobre todo los mas ligeros y los mas extraños. Lo importante es llegar

cuanto antes, y para esto todos los medios están admitidos, y aun se adoptan los mas originales.

Al cabo de una hora de marcha se llega al parque que debe servir de teatro á la funcion, y que presenta un carácter muy particular con sus obstáculos naturales y artificiales que dan tanto interés á las carreras. Además presenta la ventaja de que un espectador convenientemente colocado puede seguir á los jinetes en los numerosos rodeos que se ven obligados á tomar en una distancia de mas de 4,000 metros. No es nuestra idea detallar aquí las peripecias de esta primera reunion en la que ha habido vencedores y vencidos como de costumbre; lo único que nos hemos propuesto es ofrecer en nuestro dibujo una vista del campo de la Marche pintorescamente guarnecida de espectadores.



Campo de carreras del steeple-chase de la Marche.

Bonnet

Academia de ciencias exactas, físicas y naturales de Madrid.

NOTABLE DISCURSO LEIDO POR EL SEÑOR DON FRUTOS SAAVEDRA MENESES EN EL ACTO DE SU RECEPCION.

(Conclusion.)

Estudian también aquellos diligentes observadores la topografía de los distintos países, los efectos de las erupciones volcánicas, las distancias á que se extienden los temblores de tierra, la frecuencia é intensidad de las descargas eléctricas, el estado higrométrico del aire, la temperatura reinante en las diferentes comarcas y el límite inferior de las nieves perpétuas bajo diversas latitudes, estableciendo así, como lo reconocen los sabios modernos, casi todas las bases fundamentales de la física del globo.

Las aplicaciones del álgebra, que siguiendo el ejemplo de los árabes habían empezado á hacer los italianos, sirvieron de estímulo al célebre Pedro Nuñez, profesor de la universidad de Coimbra, para publicar en lengua castellana una exposición razonada de aquella ciencia, tratando extensamente del *algoritmo de las dignidades*, así como de las igualaciones y de la *práctica del álgebra en los casos de geometría*. No es menos importante la obra del mismo autor en que desarrollando las ideas emitidas acerca de la refracción por Tolomeo y Alhacén, determina la duración de los crepúsculos, valiéndose de fórmulas confirmadas por los cálculos modernos. En uno de sus diversos trabajos sobre náutica y cosmografía, establece también los primeros fundamentos de la línea loxodrómica, exponiendo en otros su método para hallar las longitudes por la situación de la luna, así como el de conocer la magnitud de la tierra, midiendo la zona en que desaparecen las sombras el día del solsticio. Con el nombre latino de este sabio portugués se designa todavía el medio más generalmente usado en los limbos de los instrumentos para apreciar las pequeñas fracciones de la graduación, si bien el *nonio* actual, debido al francés Vernier, difiere de las varias circunferencias desigualmente divididas que había imaginado Nuñez.

El siglo de oro de la literatura española fué también para nuestra patria el más fecundo en hombres de ciencia, oyéndose en la Academia de matemáticas, establecida en el palacio mismo del monarca, las lecciones de los sabios profesores Céspedes, Onderiz, Angel y Cedillo, en tanto que circulaba por Europa, traducido á todos los idiomas, el *Arte de navegar* del cosmógrafo Pedro de Medina, y se extendía el uso del nuevo astrolabio de Juan de Rojas, alcanzando general renombre por su vasto saber, así como por la exactitud de sus observaciones astronómicas, el maestro Gerónimo Muñoz citado con gran elogio por Tycho Brahe. Brillaban al propio tiempo en nuestras célebres universidades, ó escribían sobre diversos ramos de las ciencias, matemáticos como Monzó, Segura, Moya, Cortés, Zamorano, Rocamora y tantos otros. El pontífice Gregorio XIII consultó á la universidad de Salamanca antes de llevar á cabo la memorable reforma del Calendario, disponiendo que todos los trabajos hechos al efecto en Roma fuesen definitivamente corregidos por el famoso Clavio y el insigne español Pedro Chacón, que había escrito ya con notable acierto sobre esta materia, tratada también por sus compatriotas Sepúlveda y Salón.

Las operaciones geodésicas, basadas desde el tiempo de Eratóstenes en simples distancias itinerarias ó en medidas hechas directamente al través de grandes llanuras, iban á recibir nueva forma con la aplicación del método trigonométrico, que permitiendo operar más rápidamente y en toda clase de terrenos, debía ofrecer vastísimo campo á la ciencia que tiene por objeto el estudio matemático del globo. Al ilustre español Pedro Esquivel corresponde la gloria de haber empleado por vez primera los triángulos geodésicos en la famosa *Descripción* de nuestro territorio, mandada hacer por Felipe II. Habíanse publicado ya mapas de Galicia, de Aragón, del reino de Sevilla y otros generales de la península, debidos á Santa Cruz y á Medina, cuando el rey dispuso que se reconociesen y *marcasen por vista de ojos todos los lugares, ríos, arroyos y montañas, por pequeños que fuesen, en su puntual situación*, cuyo trabajo confió al habilísimo Esquivel, el cual, después de construir gran número de instrumentos, algunos de notable magnitud, operó con ellos en la mayor parte de España, consignando el resultado de sus observaciones en una magnífica carta, admirada por los hombres más entendidos de aquel tiempo. Tan preciosa obra pereció, según se cree, en el voraz incendio que un siglo después estuvo á punto de destruir completamente el suntuoso monasterio del Escorial; pero se conservan las relaciones topográficas de más de 600 pueblos, así como un gran mapa de Cataluña, dado por entonces á la estampa, y al que siguió otro no menos extenso de Aragón, formado por los distinguidos profesores Juan Labaña y Pablo de Rojas.

Vivamente interesada en los adelantos marítimos, la España, que debía al levantado espíritu é incansable perseverancia de sus hijos la más vasta de las dominaciones coloniales, fué también la primera en señalar una espléndida recompensa al que descubriese medios seguros de conocer las longitudes en el mar, ejemplo imitado después por otras naciones, y muy particularmente por Inglaterra.

Los matemáticos italianos habían conseguido igualar y aun superar á los orientales en el desarrollo de las fór-

mulas algébricas, elevadas después á mayor generalidad por Viete, Harriot y Descartes, el cual debía aplicarse con éxito extraordinario á la investigación de las propiedades de las curvas geométricas. Coordinando y difundiendo las ideas de los antiguos pitagóricos sobre el movimiento de la tierra, da su nombre Copérnico al admirable sistema que presenta todos los planetas girando en torno del astro que los ilumina: hipótesis combatida por el gran observador Tycho-Brahe, pero que el inmortal Kepler viene á confirmar descubriendo las sublimes leyes impuestas por el Supremo Hacedor á la marcha de los cuerpos celestes.

En medio de tan prodigiosos adelantos no pueden recordarse sin pesar las violentas censuras de que fueron objeto los sostenedores de la nueva ciencia del universo, y mayor sentimiento causa todavía ver al célebre Galileo detenido y obligado á retractarse de su luminosa doctrina; pero justo parece añadir, sin embargo, rindiendo homenaje á la verdad histórica, que la Italia del siglo XVII no sumió nunca al más ilustre de sus geómetras en el *calabozo impio* en que nos le presenta, siguiendo á extraños y mal informados escritores, un inspirado vate de nuestra patria. Honra ciertamente á la universidad de Salamanca el haber sido la primera de Europa que adoptó como texto para la pública enseñanza la grande obra de Copérnico sobre las revoluciones de los orbes celestes, defendida desde su aparición por el sabio teólogo español Diego de Zúñiga, el cual demostró, comentando los sagrados libros, que hay en ellos pasajes donde se afirma el movimiento de la tierra de una manera más clara y positiva que en cuantos se citan como pareciendo indicar lo contrario.

El holandés Snell, á quien se debe el descubrimiento de la ley de la refracción, é importantes teoremas de trigonometría esférica, se ocupó también desde 1615 en unir las principales ciudades de su país con una red de grandes triángulos, deduciendo de ellos, y de las latitudes observadas en distintos vértices, la magnitud de un grado del meridiano terrestre. Los instrumentos de que hizo uso en este trabajo tenían, como los de Tycho-Brahe, alidadas ordinarias y limbos subdivididos por medio de diagonales, habiendo empleado para enlazar con su triangulación el Observatorio astronómico de Leiden, visuales dirigidas desde dicho punto á otros tres ya conocidos, lo cual le condujo á resolver el problema análogo de geometría, objeto en la antigüedad de las investigaciones de Euclides é Hiparco. Sobre el mismo terreno, y siguiendo igual proceder, trabajó algún tiempo después el geógrafo Blaeu; pero el sistema de triangulaciones se difundió, sin embargo, con lentitud, y en 1635 empleaba todavía Norwod la medición directa del camino entre York y Lóndres para determinar un arco de meridiano, imitándole Briccio en su cálculo, basado sobre la distancia de Abbeville á Calais; si bien esta segunda operación no puede compararse en esmero y exactitud con la del sabio profesor inglés.

El gran Kepler había tomado como elementos para determinar el radio de la tierra la longitud de la recta que une dos montañas distantes, y los ángulos formados por esta línea con las verticales correspondientes á sus extremos, método reducido por los matemáticos italianos á la simple observación del horizonte del mar, hecha desde una altura conocida; pero tales procedimientos, aunque ofrecen la ventaja de no exigir referencia alguna á los cuerpos celestes, se hallan sujetos al considerable error ocasionado por las refracciones atmosféricas. Riccioli y otros ilustres profesores de Bolonia verificaron en las cercanías de aquella ciudad, célebre en los fastos del saber humano, diversos trabajos geodésicos, combinando el método de Kepler con el de triangulaciones, y utilizando ya para sus cálculos el poderoso medio de abreviación con que cuarenta años antes había enriquecido Neper las ciencias matemáticas al publicar sus famosas tablas de logaritmos.

Las doctrinas filosóficas que dirigían la actividad humana hácia la perseverante observación de los hechos, como firmísima base de las elevadas teorías que los explican y resumen, contribuyeron en gran manera á los numerosos descubrimientos físicos del siglo XVII, entre los cuales se cuentan el termómetro y barómetro, los microscopios, telescopios, micrómetros y relojes de péndola, aplicables todos al estudio de la forma de nuestro planeta. Habiendo adaptado Morin á los sectores graduados las pinulas telescópicas ó anteojos, é introducido por Malvasia el uso de los retículos, pudo ya el ilustre Picard, imaginando medios de corregir el error de *colimación*, hacer observaciones astronómicas de gran exactitud, y llevar á cabo en 1669, entre París y Amiens, una triangulación geodésica, que dando á conocer con alguna certeza la magnitud de la tierra, sirvió al inmortal Newton para calcular la fuerza que retiene en su órbita á la luna, y comprobar así la admirable ley de la atracción universal. Los Cassinis prolongaron después el trabajo de Picard, hasta comprender de Perpiñán á Dunkerque un arco de meridiano de ocho grados y medio de amplitud, y á fin de reducir los lados al nivel del mar, observaron, contando ya con el efecto de las refracciones, los ángulos de elevación de unos vértices respecto de otros, haciendo además uso del barómetro que Pascal había aplicado desde 1648 á la determinación de la altura de las montañas. El astrónomo Manfredi empleó también un cuadrante provisto de anteojos en sus operaciones geodésicas entre Pádua y Bolonia.

Era llegado el momento en que la idea trascendental del infinito, que el espíritu humano encuentra como origen y término necesario de todas sus concepciones sin poder abarcarle nunca por completo, viniese á fecundar con nuevos y luminosos principios la ciencia de las ver-

dades abstractas. Oculto el infinitamente pequeño en las aproximaciones sucesivas del método de *exhaustion* de los antiguos, aparece ya en los máximos y mínimos de Nuñez, y va mostrándose cada vez con mayor claridad en la *Stereometría* de Kepler, en los *indivisibles* de Caballieri, en los incrementos *desvanecientes* de Fermat, en las cuadraturas de Wallis, y en el triángulo elemental de Barrow, hasta que Newton y Leibnitz le presentan aislado en forma de algoritmo regular, haciendo de tan poderoso medio de simplificación la base fundamental del análisis moderno. Prestándose admirablemente el nuevo cálculo al estudio de las leyes que rigen los fenómenos naturales, permite á los insignes matemáticos del siglo XVIII ensanchar los límites de la mecánica, y cifrar en fórmulas rigurosas hasta las ligeras perturbaciones, que pareciendo interrumpir la armonía de los movimientos celestes, vienen, sin embargo, á confirmarla de una manera definitiva.

A este gran periodo de progreso científico corresponde en la geodesia otro no menos notable. Reducida hasta entonces á investigar la magnitud de la tierra sin poner en duda la forma esférica, que como más sencilla y perfecta le habían atribuido los antiguos, bien pronto el estudio de la verdadera figura del globo llama vivamente la atención de los geómetras y de las corporaciones sabias. El astrónomo Richer, enviado por la Academia de París para observar los cuerpos celestes desde un punto próximo al ecuador, había encontrado que en la isla de Cayena oscilaba más lentamente que en Francia un péndulo de igual longitud, variación indicada ya por algunas experiencias hechas en Europa, y confirmada después en distintos lugares de América y de África.

El célebre Huyghens, explicando estos hechos por la fuerza centrífuga desarrollada en la rotación diurna, halló que las condiciones de equilibrio de la superficie del mar exigían en nuestro planeta una depresión ó achatamiento hácia los polos, análogo al observado ya en Júpiter. Al propio tiempo anunció Newton en sus inmortales *Principios*, que suponiendo la tierra primitivamente fluida y homogénea, debía, en virtud de su movimiento giratorio, haber tomado la figura de un elipsoide de revolución, cuyo radio ecuatorial excediese próximamente en 1/230 al semieje polar; teorema controvertido y tratado durante cerca de un siglo con todos los recursos del análisis, por geómetras tan eminentes como Bernoulli, Maclaurin, Clairaut, D'Alembert, Lagrange, Legendre y Laplace, el último de los cuales le demuestra por completo en el caso de una forma poco diferente de la esférica, presentando con mayor generalidad que sus predecesores la difícilísima teoría de la atracción de los esferoides, aplicada á los casos de densidad variable y de núcleos sólidos cubiertos en todo ó en parte por un fluido en equilibrio.

Los resultados de la triangulación geodésica de Dunkerque á Perpiñán, y los de otra posterior dirigida desde Brest á Estrasburgo, hicieron suponer á varios matemáticos que nuestro globo era alargado en sentido de su eje; pero la opinión favorable al achatamiento triunfó por completo á consecuencia de las memorables expediciones enviadas en 1736 al Ecuador y al círculo polar ártico. Esta última, dirigida por Maupertuis, experimentó todos los rigores del clima de Laponia; pero pudo, sin embargo, determinar en corto tiempo la extensión del grado de meridiano correspondiente á aquellas latitudes, estableciendo la base de su triangulación sobre la superficie helada de un río, como lo había hecho ya en Holanda el célebre Snell. Los instrumentos empleados en tan notable expedición sirvieron también para corregir la parte astronómica del trabajo de Picard, y muy poco después emprendió Lacaille, no solo una nueva medida de todo el arco entre Dunkerque y Perpiñán, sino también de un grado del paralelo en las costas de Provenza, valiéndose de señales de pólvora para conocer la diferencia de longitudes.

El astrónomo Bouguer, acompañado de otros académicos franceses y de dos jóvenes oficiales, honra de la marina española, operaba entre tanto hácia el Ecuador, uniendo por medio de triángulos geodésicos las nevadas cumbres de la cordillera de los Andes. Situados todos los vértices á más de 8,000 pies sobre el nivel del mar, y llegando algunos á 16,000, desarrollábase ante los observadores el más variado espectáculo. Al mostrarse el sol en el horizonte solían admirar el fenómeno notado entonces por vez primera, que consiste en proyectarse el contorno de las personas sobre las nubes cercanas, apareciendo la sombra de la cabeza rodeada de una aureola de brillantes colores. Disipadas las nieblas matinales, descubrían á sus plantas un país trastornado por las fuerzas interiores del globo, pero cubierto de la más rica vegetación; y durante la noche, llena bajo los trópicos de calma y majestad, contemplaban la luz apacible y sin centelleo enviada á la tierra por las constelaciones de ambos hemisferios. A tan gratas escenas sucedían otras de aterradora violencia: arrebatábase el huracán las frágiles tiendas que servían á la vez de abrigo y de señales, temblaba el suelo agitado por fuertes terremotos, descargas eléctricas de horrible intensidad cubrían el roncó bramido de los volcanes, y las erupciones del Cotopaxi causaban centenares de víctimas humanas, extendiendo á lo lejos la desolación y el espanto.

La cadena de triángulos quedó al fin terminada en una longitud de más de tres grados de meridiano, siendo notables las observaciones astronómicas hechas con grandes sectores, así como las verificadas á uno y otro lado del gigantesco Chimborazo, con el objeto de reconocer el desvío de la plomada debido á la atracción de

las montañas. Las pèrchas de que se hizo uso para medir las bases extremas se comparaban con una regla de hierro, que conservando hasta hoy el nombre de *toesa del Perú*, ha venido à ser el tipo general de referencia para todas las modernas determinaciones geodésicas. Vueltos a Europa los comisionados despues de nueve años de gloriosos trabajos, dieron à luz separadamente el resultado de estos, siendo las obras en que consignaron los suyos don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, traducidas en idioma extranjero, y justamente celebradas por los amantes de la ciencia, como lo fué despues el *Exámen marítimo* con que el primero de estos dos ilustres españoles alcanzó universal renombre, dando insigne muestra de su vasto saber en física y matemáticas.

Comprobado el achatamiento por la disminucion sucesiva de la longitud de los grados desde el polo al ecuador, y hechos ya por Bradley los admirables descubrimientos de la aberracion y nutacion, se consagrán los astrónomos à determinar la curvatura de las diversas partes de la tierra. Lacaille en el cabo de Buena Esperanza, Boscovich en los Estados pontificios, Beccaria en el Piamonte, miden con tal objeto arcos de diversas amplitudes, reconociendo el último de estos observadores la influencia ejercida por la masa de los Alpes sobre la direccion de la plomada, trabajo ejecutado tambien por Maskelyne en la montaña Schellien, de Escocia. Determina Liesganig otro arco al Norte de Viena, hasta cuya capital extiende Cassini la triangulacion dirigida desde Brest perpendicularmente al meridiano de Paris. El mismo Liesganig opera de nuevo en Hungría, al propio tiempo que Mason y Dixon llevan à cabo en las costas de la América setentrional la medida directa de una longitud de 29 leguas.

Dedicados los mas ilustres geómetras al estudio de los fenómenos ópticos, preparan el descubrimiento de los anteojos acromáticos, tan superiores à los ordinarios en el aumento y belleza de las imágenes. Hacia esta época introduce Tobias Mayer el ingenioso principio de la medicion sucesiva de un mismo angulo, origen de los círculos repetidores contruidos despues por hábiles artistas, y que ofrecen la ventaja de atenuar el error de graduacion; si bien la falta de estabilidad consiguiente al doble juego de sus ejes ha hecho que sean ya muy poco usados por los observadores modernos.

Provistos de grandes instrumentos, dan principio los ingenieros ingleses à la red geodésica de la Gran Bretaña, emprendiendo Topping en las costas de la India la medicion de un arco de meridiano. Cruza el canal de la Mancha la primera triangulacion, que va à unir el Observatorio de Paris con el de Greenwich, presentando con tal motivo el ilustre Legendre su célebre teorema del triángulo plano correspondiente al esférico, así como sus fórmulas generales para conocer la posicion que ocupan sobre el esferoide terrestre los diversos puntos ligados por observaciones angulares.

Desde que la accion variable de la gravedad dió el primer indicio de la diferencia entre los diámetros ecuatorial y polar de nuestro planeta, empezó à usarse el péndulo para medir, no solo el tiempo, sino tambien el espacio y la atraccion de la materia, enlazándose así en un aparato de admirable sencillez los tres grandes aspectos bajo los cuales considera el geómetra todo cuanto existe en el universo. Entre las observaciones de este género que proporcionaron nuevos datos para el estudio de la forma y densidad de la tierra, son notables, por los muchos y diversos lugares en que tuvieron efecto, las verificadas por los marinos españoles en la célebre expedicion de Malaspina, que partiendo de Cadiz en 1789 llevó à cabo durante cinco años la série mas completa de trabajos astronómicos y físicos ejecutada hasta entonces en las costas de ambos hemisferios. Daba mayor interés à estas determinaciones de la gravedad el deseo manifestado por los matemáticos de distintos países de adoptar la longitud del péndulo de segundos como tipo métrico universal tomado de la naturaleza misma, segun lo habia propuesto ya Huyghens al idear su *piè horario*, si bien la variacion dependiente de la latitud y el efecto de las atracciones locales hacen siempre necesaria la referencia à un punto determinado del globo.

La Francia, en los terribles dias de su gran revolucion se propuso tambien fijar la unidad general de medida, deduciéndola de la magnitud del meridiano terrestre, à cuyo fin los célebres astrónomos Delambre y Méchain establecieron una nueva cadena entre Dunkerque y Perpiñan, prolongandola el último por nuestro territorio hasta llegar à Barcelona. Una comision de sabios de distintos países, en la que España estuvo representada por Ciscar y Pedrayes, determinó, fundándose en estas observaciones, la longitud del *metro* ó tipo fundamental del moderno sistema de medidas; cuyo uso, si no se ha generalizado tanto como fuera de desear, va extendiéndose, sin embargo, de dia en dia entre los pueblos de origen latino.

Los trabajos geodésicos reciben en nuestro siglo el mas vasto desarrollo. Mide de nuevo Svanberg el arco de Laponia, y poco despues Biot y Arago, acompañados de los matemáticos españoles Chaix y Rodríguez, prolongan la cadena de Méchain à lo largo de las costas de Valencia, enlazando con ellas las islas de Ibiza, Tortenera y Mallorca. Tras los ejércitos franceses, victoriosos en Italia y Alemania, marchan ingenieros geógrafos que cubren de triangulos gran parte de los países ocupados; y cuando despues de heróicos combates retroceden vencidos los invasores, y descansa la Europa de tan prolongada lucha, casi todas las naciones, rivalizando ya solamente en el pacífico campo de la cien-

cia, procuran conocer con exactitud el territorio que habitan, y acumulan nuevos datos para la resolucion del importante problema de la figura de la tierra. Estudia Zach los efectos de la atraccion de las montañas operando en la vertiente meridional de los Alpes, cuyas cumbres corona mas tarde Dufour con una red de triangulos próxima à los trabajos del mismo género, efectuados en Baviera.

Apoyándose en las operaciones de Delambre, y adoptando la mayor parte de sus métodos de observacion y de calculo, extienden los oficiales franceses sobre el territorio de su país nueve grandes cadenas geodésicas, siendo la que corresponde al paralelo medio entre el ecuador y el polo continuada por los geómetras italianos hasta terminar en el Adriático. El infatigable Marieni establece, partiendo desde Napoles, una série no interrumpida de triangulos que enlaza en Polonia con el inmenso trabajo de los rusos, prolongado por los suecos y noruegos, y que comprende, desde las costas del mar Glacial hasta la desembocadura del Danubio, un arco de meridiano de 25 grados de amplitud. El grande astrónomo Bessel lleva à cabo en la extremidad oriental de la Prusia una triangulacion, modelo de todas las posteriores, extendiéndola Baeyer hasta unirla con los trabajos análogos de Dinamarca, Hanover y Bélgica, al Norte de la cual ha renovado Krayenoff la antigua operacion de Snell. Completan los ingleses la bella red geodésica que cubre el territorio de la Gran Bretaña y de la Irlanda, determinando el desvío de la plomada en las cercanias de Edimburgo y haciendo observaciones del péndulo en la boca y el fondo de la mina de hornaguera de Harton, à fin de conocer la densidad media de la tierra. Al otro lado del Atlántico los norteamericanos cubren sus costas de grandes triangulos, al mismo tiempo que en Asia, Lambton y Everest, trasportando en camellos y elefantes sus magníficos instrumentos de observacion, continúan la medida de Topping, llevandola desde el extremo meridional de la India hasta la gigantesca cordillera del Himalaya.

Disponiendo del tesoro de preciosos conocimientos acumulado por tantos y tan distinguidos geómetras, emprende al fin la España sus trabajos geodésicos, que bien pronto cruzarán la península desde el Pirineo al antiguo peñon de Calpe, llegando así al extremo de la Europa, para lanzarse despues al Africa, la gran triangulacion que une ya la Irlanda y la Italia con las costas del mar Caspio y con las últimas islas de la Noruega, en las heladas regiones del polo.

Las altitudes ó alturas sobre el nivel del mar, consideradas durante largo tiempo como de un interés secundario, se determinan hoy con toda la posible exactitud, y hasta son objeto de trabajos especiales, en que no se omite medio alguno de atenuar la influencia variable de las refracciones atmosféricas. En todos los países cruzados por cadenas geodésicas ha sido medida la altura de las principales montañas; y las operaciones ejecutadas à lo largo del Pirineo y al través de la Europa central prueban que prescindiendo de la accion de las mareas, de los vientos y de las corrientes, el Océano y el Mediterráneo, así como el Adriático, el mar Negro y el Báltico, forman una sola superficie de nivel, la cual comprende igualmente las aguas que bañan ambos extremos del istmo de Suez. Un bello trabajo efectuado al Norte del Cáucaso presenta, por el contrario, el nivel del mar Caspio como bastante inferior à dicha superficie general de equilibrio.

Brunner, Repsold y otros habilisimos artistas construyen instrumentos geodésicos susceptibles de todo género de rectificaciones, y à los cuales aplican los medios empleados en los observatorios astronómicos, sustituyendo el nonio con microscopios micrométricos de notable precision. Este sistema se introduce tambien en los aparatos de medir bases, que desde las antiguas pèrchas de madera puestas directamente en contacto han llegado à convertirse en grandes termómetros metálicos, cuyos intervalos se aprecian, ya con cuñas de cristal, ya con la indicada observacion microscópica. Las señales establecidas en los vértices varían en los distintos países, prefiriéndose hoy para los trabajos de gran exactitud las miras planas y el heliotropo de Gauss, que reflejando la luz del sol la envia à inmensas distancias en forma de brillante estrella. El admirable descubrimiento de la telegrafia eléctrica, que lleva casi instantáneamente la palabra humana à las regiones mas remotas, proporciona al fin los medios de conocer con extraordinaria precision la diferencia de longitudes, y viene à servir de poderoso instrumento para el estudio de la forma de nuestro planeta.

Las diversas y multiplicadas observaciones que en la geodesia moderna concurren à determinar los valores definitivos de los ángulos y las coordenadas geograficas de los vértices han hecho insuficiente el procedimiento de tomar los términos medios, conocido ya de los antiguos, reemplazándole un sistema de compensacion de errores fundado en los métodos analíticos que con el nombre de teoria de las probabilidades, vienen siendo objeto desde Pascal y Fermat de las especulaciones de los mas eminentes matemáticos. Este sistema ha servido tambien para deducir de los grandes trabajos geodésicos la figura y magnitud de la tierra, la cual, aunque presentando numerosas irregularidades, difiere poco de un elipsoide de revolucion, cuyo semidiámetro ecuatorial excede al polar en 21 kilómetros, ó sea en dos veces y media de altura de la montaña mas elevada del globo. El achatamiento de 1/299, que el insigne Bessel ha encontrado combinando 40 medidas de arcos de meridiano, concuerda exactamente con el resultado de la medicion de varios grados de paralelo, y se halla intermedio entre

el que indican las oscilaciones del péndulo observadas en ambos hemisferios por Biot, Kater, Sabino y Freycinet, y el deducido por el ilustre Laplace de la influencia que ejerce nuestro planeta en los movimientos de la luna, sirviendo el indicado valor del achatamiento, atendida la velocidad de la rotacion diurna, para confirmar la hipótesis que considera la tierra como primitivamente fluida, y aumentando de densidad desde la superficie hacia el centro.

Tales son, señores, en toscó y desaliñado resumen, los esfuerzos hechos por el hombre para conocer geométricamente el globo que habita. Pasando de las simples conjeturas à las medidas directas, y de estas à los métodos trigonométricos, la vision telescópica y el prodigioso desarrollo alcanzado por los diversos ramos del saber en los dos últimos siglos, le permiten elevarse al conocimiento de la verdadera figura de nuestro planeta, viniendo las grandes teorías de la mecánica celeste à confirmar el resultado general de las determinaciones geodésicas. Aun cuando estos trabajos no sirviesen de base en todos los países cultos à la formacion de los mapas topográficos, tan útiles al progreso material de los pueblos, lo mucho que han contribuido al adelantamiento de las matemáticas bastaria para conquistarles el aprecio de los que consagrando su inteligencia al estudio de las sublimes leyes del tiempo y del espacio, encuentran en la contemplacion de la verdad, sin sombra alguna de duda, un manantial de purísimos goces, en medio de los cuales no pueden menos de sentirse arrebatados de religiosa admiracion hacia aquel de quien procede todo conocimiento verdadero. Que es la ciencia en el hombre como el fecundante curso de las aguas en la naturaleza: misteriosa emanacion del Océano sin límites de la eterna sabiduria, nace débil hilo de plata del seno de la humana flaqueza, avanza con esfuerzo por áspero camino; y si logra no perderse en el cenagoso campo del error, sigue ya con acrecentado caudal embelleciendo cuanto toca hasta confundirse de nuevo en el piélago de la verdad infinita, que le atrae con fuerza irresistible.

El algodón.

En el momento en que la desastrosa guerra que desola la América del Sur llama la atencion sobre la produccion de una materia primera tan indispensable para la industria y la vida civilizada, creemos serán oportunas algunas noticias sobre el cultivo del algodónero.

El algodónero es una planta de la familia de las malváceas con tallo leñoso, que crece espontáneamente en las regiones mas cálidas del Asia, del Africa y de la América; sin embargo, se ha logrado aclimatarlo en el Mediodía de la Europa.

El fruto de esta planta contiene un *copo* que es el algodón.

El algodónero necesita una tierra blanda ligeramente arcillosa, sustancial, fresca y profunda. Se labra el campo con arado lo mas hondo posible. El cultivo de esta planta exige abonos enérgicos y de facil disolucion.

Se siembra el algodón al fin de la primavera por un tiempo húmedo. Al cabo de ocho dias asoma y à veces antes. Por lo regular se siembra en hoyos à la distancia de un metro los unos de los otros, y en los cuales se depositan cuatro granos. El riego es indispensable para ciertas especies é inútil para otras. Cuando el algodónero ha llegado à 30 centímetros de altura, cortan la extremidad de los tallos principales à fin de concentrar la accion de la savia en las capsulas. Tambien cortan las puntas de las ramas laterales cuando se ven en ellas retoños, à fin de obtener flores en la parte superior, y esto se repite siempre que aparecen los retoños. Es una operacion análoga à la que se practica en Europa en los arboles frutales.

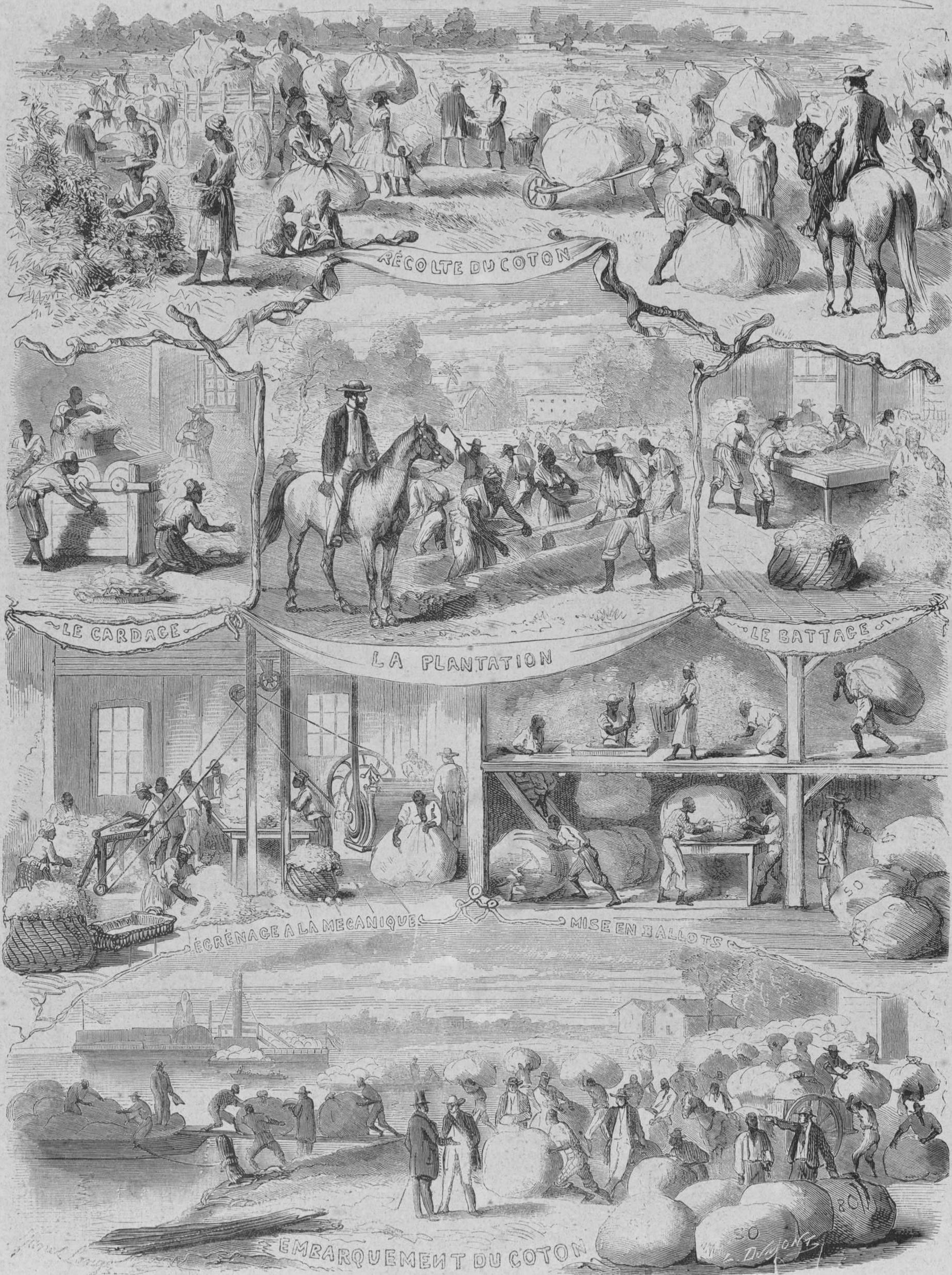
Cuando se cultiva la especie anual hay que desyemar en cuanto los frutos comienzan à formarse. Se evita el hacer esta operacion en las especies vivaces.

Despues que florecen los algodóneros se forman las capsulas que son verdes en un principio y luego amarillentas; en ellas están los granos. Del grano pende un copo que sin duda tiene por mision natural el trasportar ese grano à largas distancias; este copo constituye el algodón. Cuando la capsula está enteramente madura, las válvulas se separan y dejan escapar el algodón en copos con las semillas: hé aquí el momento de la cosecha.

Se elige un tiempo seco, y cuando las capsulas se hallan suficientemente abiertas, se coge con los dedos el algodón adherido à los granos y que está à punto de escaparse, dejando en el arbusto aquellas cuyos restos podrian manchar el algodón. La recoleccion se hace en varias veces, segun el grado de madurez de las capsulas.

A medida que sacan el algodón de las capsulas, le ponen en cestos, sacudiéndole desde luego para quitarle los cuerpos extraños que puede tener, y luego le dividen en diferentes calidades. Despues le depositan en un lugar bien ventilado y enjuto, extendiéndole en el suelo hasta que se seque completamente.

El algodón salido de la capsula queda adherido à la semilla, y para separarle se han imaginado unos molinos de una sencillez extraordinaria. Componense de dos cilindros de madera que mueven uno sobre otro en sentido contrario, ya con una manecilla ya con un pedal como en el torno; en este caso hay un volante sobre el eje de la manecilla. Se mete el algodón entre los



El cultivo del algodón en los Estados Unidos.

LES TRAVAUX DU PRINTEMPS



MERSAGE

ENSEMENCEMENT

LABOURAGE

ORANGERIE

RUCHES

HERBAGES

SARCLAGE

ECHENILLAGE

ROULAGE

Las faenas campestres de la primavera.

cilindros, que estando rayados longitudinalmente atraen los filamentos y los arrojan al otro lado. A medida que el algodón es arrastrado en las evoluciones de esos cilindros, los granos caen en una abertura practicada en la tabla que sostiene el molino. El algodón que va por el lado opuesto cae en una caja. Luego le acaban de limpiar y le embalan.

Algunas cifras darán á conocer cuánto le importan á la Francia las llegadas de algodón, y qué progresos ha hecho la industria algodonera en medio siglo. De 1812 á 1815 el consumo anual ha sido por término medio de unos 10 millones de kilogramos, y en 1855 este consumo llegó á 70 millones. Las mayores cantidades las suministran los Estados Unidos: la India, el Brasil, Egipto, etc., importan cantidades relativamente mínimas.

Se ha resumido en cifras el consumo relativo del algodón en Europa representando por 1,000 el total de cada año. La Inglaterra entra en esta cifra por 611, la Francia por 135, la Bélgica y la Holanda por 25, la Alemania por 100, la Rusia por 48, la Suiza por 21 y el resto de la Europa por 60.

Por este cuadro se ve cuán interesadas están las naciones, sobre todo la Inglaterra y la Francia, en la producción del algodón. P. P.

Las faenas agrícolas de la primavera.

La proximidad de la primavera es para los labradores lo que las avanzadas enemigas son para un general de ejército. Vamos á empuñar una fuerte pero pacífica batalla contra el clima, la tierra, la temperatura, el sol y la lluvia; preparémonos al combate. Es preciso ver lo que ha sido del trigo, la cebada y la avena durante el invierno; es preciso examinar los destrozos producidos aquí por las heladas, allí por las lluvias. Hé aquí la ocasión de mostrar sangre fría, buen acierto y decisión: si el mal es irreparable, es preciso aplicarle un remedio.

Feliz aquel que sabe en el momento oportuno echar el arado en un verde campo de trigo, y sacrificar una mala cosecha de invierno preparando rápidamente una cosecha de primavera mas fructuosa.

No se debe esperar á que el enfermo haya muerto para amputarle la pierna; no se debe esperar á que sea demasiado tarde para reemplazar una cosecha con otra, y sin embargo, cuando se trata de un mal pasajero, hay que dar tiempo de que desaparezca. En suma, no siempre es fácil evitar uno de estos dos escollos, el descuido ó la precipitación.

También en la primavera el labrador modifica las amelgas é introduce perfeccionamientos en la sucesión de ellas, si su dominio está sometido á un sistema regular de rotación. Ahora bien, el arreglo de las amelgas es una de las operaciones mas importantes y mas difíciles en la agricultura: mal hecha se estropea la tierra y se arruina el labrador; bien hecha, la tierra y el hombre se enriquecen. Y en este caso el buen éxito no depende de los mozos de labranza, ni de la perfección mayor ó menor de los instrumentos; la responsabilidad es toda del jefe del cultivo, á cuyo cargo corren las decisiones.

Las labores de la primavera deben comenzarse en cuanto lo permite el tiempo. «Un labrador, ha dicho Mateo de Dombasle, no debe nunca tocar á la tierra ni en la primavera ni en el verano, sino cuando se halla bien enjuta.» No necesitamos añadir que esta recomendación no se dirige á los labradores que cultivan terrenos arenosos ó calcáreos permeables. «A menudo habrá una diferencia de mitad, dice el ilustre agrónomo, entre el producto de un campo cultivado un día de buen tiempo y en un estado bien enjuto, y el de un campo vecino cultivado dos días después y con lluvia.»

Las labores de esta época del año tienen por objeto ya romper barbechos, ya preparar las siembras de primavera. Sé muy bien que el barbecho está destinado á desaparecer conforme se vayan perfeccionando los cultivos; pero entre tanto en ciertos casos es indispensable. Cuando todos los labradores hayan comprendido, verbigracia, que hay que dejar á la planta escardada el cuidado de limpiar el suelo que los cereales han ensuciado, de ablandar el terreno que han endurecido, el barbecho se acabará en toda la superficie de la tierra cultivada. Ese día se habrán disipado muchos errores; se irá al fondo de las cosas y se tomarán las palabras por lo que valen; se creará en los preceptos de la ciencia, y el reino de los charlatanes estará concluido. ¿Cuándo llegará ese día?

No soy profeta ni misántropo; por consiguiente no responderé yo á esa pregunta indiscreta. Prefiero hablar de las siembras. Las siembras de primavera se hacen perfectamente por aquellos que saben elegir un buen momento y mirar mas bien al cielo que á los calendarios, al confiar su grano á la tierra. Para sembrar con buen éxito es preciso elegir la ocasión favorable.

En otoño las tierras arcillosas deben ser sembradas antes que las tierras calcáreas ó silíceas; y en la primavera es lo contrario; hay que principiar por las tierras ligeras. ¿Y por qué? «Las tierras arcillosas, húmedas con las lluvias del invierno, no permiten la marcha del arado, responde Antonio de Roville, en tanto que las tierras silíceas y calcáreas ya están enjutas.» Ha de principiarse pues por estas tierras.

La germinación de las semillas está sometida á dos condiciones: ausencia de la luz y presencia del oxígeno; la capa de tierra que cubre la simiente debe ser bastante

espesa para detener los rayos luminosos, y bastante ligera para permitir al oxígeno del aire que penetre hasta el grano y fecundice el germen. Así lo dicen los hombres entendidos en la materia.

Ahora bien, ¿qué hacen los labradores? Dicen que la profundidad á que debe estar el grano no es absoluta, sino que debe variar según la naturaleza del terreno, la época de la siembra y el grueso de la semilla.

Cuanto mas gruesa es esta, mas profundamente debe enterrarse, á fin de que en el momento de la germinación no levante el suelo y no se exponga á la acción directa de la luz y del aire. Es un axioma agrícola, pero no es absoluto. En agricultura, á la verdad, no conozco nada absoluto, sino es la rutina de ciertos hombres.

Cuanto mas arcilloso es el terreno, menos se debe enterrar la semilla, porque el suelo arcilloso es una tierra tenaz, poco permeable, que no permite, si la capa es demasiado espesa, que el aire exterior penetre hasta la semilla, ni que brote la planta.

«Quien no siembra no recoge; á mala siembra mala cosecha,» dicen los labradores; y hé ahí por qué no basta sepultar el grano á la profundidad indicada por la experiencia, que es la práctica, sino que es preciso también no confiar á la tierra mas que buenas semillas. Hoy se principia á pensar ya mucho en la calidad, el valor y la naturaleza de las simientes empleadas: bueno es ocuparse de eso, pero no hay que tener temores exagerados.

Habría quien diga que aquí la exageración es la perfección; sin embargo, entendámonos. Dada una variedad de trigo, que se escogen los granos. Para esto se han inventado buenos instrumentos; el escogedor Vachon, el escogedor Pernollet, etc.; nada mas prudente, sepárese el buen grano de la cizaña, como lo recomienda el Evangelio. Pero no hay que imaginarse, como hacen muchas personas dotadas de mas imaginación que de ciencia, que basta comprar una semilla preconizada por los diarios para obtener trigos magníficos en una mala tierra, mal trabajada y mal abonada. Los que creen tales cosas son víctimas del mas deplorable engaño.

La elección de la variedad que se debe cultivar es sin duda interesante; pero lo es mas aun el saber trabajar la tierra, el estercolarla convenientemente, y el confiarla en tiempo oportuno una semilla bien limpia y escogida. Cuando se haya obrado así, el labrador puede dormir en paz, y pedir á Dios que no le envíe lluvias ni sol con exceso en los tiempos en que no hacen falta.

Se siembra de tres modos distintos. El método que se ve representado en los paisajes de los artistas, porque es el mas pintoresco y el mas comun, sin duda en razón á las pocas ventajas que ofrece, es el método de siembra con la mano. Dejo la palabra *método* porque está escrita, pero no hay absolutamente nada de método en ese uso tan antiguo como malo. La semilla va encerrada en una especie de delantal largo sujeto al cuello del sembrador y enroscado en su brazo izquierdo. El labrador toma un puñado de grano con la mano derecha, anda, y en el momento en que pone el pié izquierdo en el suelo, su mano describe una media circunferencia de derecha á izquierda, dejando escapar la semilla. Esto se llama sembrar al vuelo; también se podría llamar sembrar al acaso.

En las pequeñas haciendas no se toman tanto trabajo; trazado el surco bien ó mal, una mujer echa la semilla detrás del arado, y el segundo surco cubre como puede el grano repartido de una manera desigual.

Los buenos sembradores al vuelo no abundan, y les pagan bastante caro para la mala tarea que les está encomendada. Preciso es que el hombre sea muy diestro, que el aire sea suave, que la semilla se deslice bien en los dedos, y á pesar de todo, este método tiene una porción de inconvenientes; la semilla se reparte siempre con desigualdad, se entierra poco ó demasiado, y la cantidad empleada es siempre muy superior á la cantidad necesaria.

Todo esto no impide que en la mayor parte de la Francia se siembre todavía con la mano, y que los sembradores mecánicos sean desconocidos. Dicen que ya se adoptarán, pero hace mucho tiempo que lo dicen.

El sembrador es una máquina que funciona en vez del hombre y que funciona mejor. Se han hecho una porción de sembradores, buenos y malos como siempre; al labrador le toca elegir el que ofrece mayores ventajas. En cuanto á máquinas é instrumentos, lo mas sencillo es lo mejor. Un buen sembrador espere exactamente los granos á una distancia fijada de antemano de un modo uniforme y en número determinado; además, cubre el grano que ha sembrado.

Ahora bien; ¿cuáles son las condiciones que debe reunir el buen sembrador, sea cual fuere el principio de fabricación que el constructor haya adoptado?

La trasmisión de los granos debe poder interrumpirse bruscamente mientras el aparato da la vuelta al campo, ó cuando se juzga necesario detener la siembra.

Se debe poder cambiar á voluntad la distancia entre las líneas de sembrados y entre las plantas de esas líneas.

El grano debe escurrirse fácilmente, sin aglomeración en los tubos conductores, y el órgano que sirve para trazar el surco ó para cubrir la semilla, nunca debe obstruirse.

La marcha del aparato debe ser fácil, de modo que el caballo que lleva el sembrador pueda sostener la velocidad de un metro por segundo, por término medio.

No necesito añadir la doble consideración de la solidez y la baratura. Sin embargo, mas vale pagar caro un buen instrumento, que tener por nada una mala má-

quina: pagar caro sería en este caso una economía.

La siembra con plantador es muy limitada: puede aplicarse al cultivo del maíz y de la remolacha, pero sobre todo se halla destinado á las huertas.

En la primavera se mezclan los trigos, las avenas de invierno, el alcacel, y se principian á binar el colza, las zanahorias, remolachas, etc.

Se siembran en la primavera el trigo y la avena de primavera, la cebada, el maíz, las zanahorias, las remolachas, la alfalfa, el ray-grass, el trébol, la lenteja, los rulabagas, el cañamo, el colza, el mijo, etc. Se hace que pongan las gallinas, se abren las colmenas para que las abejas puedan chupar el jugo de las primeras flores, y se sacan al aire los arbustos de invernadero.

Los cultivos de la primavera suministran en general cosechas menos abundantes que las de los cultivos de invierno; pero sus resultados son más seguros.

V. B.

Revista de Paris.

Nada mas admirable que el tributo de grandes y pomposos honores que se paga al genio. El lunes 24 de marzo han sido llevados á su última morada terrestre los despojos mortales de un gran compositor francés, M. Fromental Halevy, miembro del Instituto, secretario perpétuo de la Academia de bellas artes, profesor del Conservatorio imperial de música, comendador de la orden imperial de la Legión de Honor, miembro del consistorio central de los israelitas de Francia, y esta fúnebre ceremonia se ha efectuado con una solemnidad verdaderamente ostentosa.

La comitiva se componía de un batallón de la guardia nacional con cinco bandas de música, que durante el trayecto ejecutaron las marchas de las dos óperas principales del difunto, *la Judía* y *la Reina de Chipre*. Llevaban los cordones del fúnebre M. Auber, M. Couder, M. A. Thomas, y el baron Taylor, miembros del Instituto. S. A. I. el príncipe Napoleón estaba representado por el coronel de Franconiere, y S. A. I. la princesa Matilde por el general Bongenet.

Entre las personas que seguían el féretro, el *Moniteur* cita las siguientes:

Su Excelencia el conde Walewski, ministro de Estado; Su Excelencia M. Fould, ministro de Hacienda; S. E. el conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo; S. E. el mariscal Magnan; los prefectos del Sena y de policía; M. Gautier, secretario general del ministerio de la Casa del emperador; M. Marchand, secretario general del ministerio de Estado; M. J. de Pelletier, miembro del Instituto y secretario general del ministerio de Hacienda; MM. Merruau, Boilay y A. Blanche, consejeros de Estado; las diputaciones de las cinco academias del Instituto, á las cuales se habian unido la mayor parte de los miembros de esas academias; las diputaciones de los diversos cuerpos y sociedades á que pertenecía M. Halevy; MM. de Rothschild, Emilio Isaac y Eugenio Pereire, Königswarter, Javal y Lubonis, diputados, el conde de Neuerkerke, director general de los museos imperiales; el general Mellinet, Camilo Doucet, jefe de la division de los teatros, y la mayor parte de los autores, los compositores y los directores de los teatros de Paris, seguidos de un gentío inmenso.

Cuando el féretro fué depositado en la sepultura, un coro compuesto de mas de doscientos hombres, artistas de los teatros de Paris, cantó un salmo de David en cuatro partes, y despues de la ejecución de estas piezas se pronunciaron siete discursos, por los señores Couder, presidente de la Academia de bellas artes, Cerfbeer, en nombre del consistorio israelita, A. Thomas en nombre de la Sociedad de autores y compositores dramáticos; el baron Taylor, en nombre de la Sociedad de los artistas músicos, E. Monnais, en nombre del Conservatorio imperial de música; E. Perrin, director del teatro imperial de la Opera Cómica, y de Saint-Georges, colaborador del difunto.

Mas de una vez hemos tenido ocasion de consignar aquí nuestro humilde parecer respecto del talento de M. Halevy; para nosotros ha sido siempre un compositor de mucha ciencia, de mucho saber y concienzudo cual ninguno en su trabajo, pero las mas veces falta de imaginación, sobre todo en sus grandes óperas, que son las mas celebradas por los franceses. A nuestro juicio, sus obras mas ligeras, las representadas en el teatro de la Opera Cómica, el *Eclair*, el *Val d'Andorre* y los *Mousquetaires de la Reine*, son infinitamente superiores á sus afamadas partituras *la Juive*, *la Reine de Chipre* y *la Magicienné*, porque en ellas hallamos mas espontaneidad, mas abundancia de melodías, y un sistema de composición de mas efecto en su sencillez, que el de estas últimas en sus complicadas combinaciones armónicas.

Manifestada así nuestra opinion particular, nos haremos cargo del fallo de sus compatriotas. De dos discursos vamos á tratar aquí, el de M. Couder, y el de M. A. Thomas. — El primero, despues de recordar que M. Halevy nació en Paris el 17 de mayo de 1799, de padres israelitas, continúa en estos términos:

«A la edad en que se desarrollan las aptitudes que deciden la carrera de los hombres predestinados, Halevy, apasionado ya por la música, tuvo la suerte de figurar entre los discípulos de Cherubini, quien le cobró un cariño paterno. Despues de haber ganado á los diez y nueve años el premio de Roma, se fué á Italia á penetrarse de las poéticas inspiraciones que rebosan sus obras. A su vuelta, debió al *Dilettante d'Avignon* su primer triunfo. Esta ópera, luego *Claric*, en los Italianos, y *Lodovic*, obra no terminada por Herold y que él concluyó, daban ya la promesa de un maestro, cuando por fin apareció *la Juive*, esa obra grandiosa, impercedera, que le abrió en 1836 las puertas del Instituto.

» Nombrar sus obras sería recordar una larga serie de triunfos. Pero faltaba algo á su gloria; por una insigne muestra de confianza, la Academia de bellas artes le eligió su secretario perpétuo en 1845. El brillo de sus lecturas públicas está con-

signado con orgullo en nuestras sesiones anuales. Los elogios que en ellas pronunció revelaban siempre un juez eminente, un escritor de talento y de gusto. Pero lo que ignora el público es su conciencia, su incansable celo en la parte más discreta y modesta de sus funciones, como la dirección que él supo dar á los trabajos de nuestro «Diccionario de Bellas Artes» cuya publicación inauguró y dirigió con incesante perseverancia... La gloria del compositor está consignada en nuestros tres teatros líricos; y los servicios de su alta enseñanza tienen por testimonio al Conservatorio entero que nos rodea; así como pregona lo que fué el hombre, su carácter benévolo, sus altas facultades, esa muchedumbre conmovida con las lágrimas en los ojos...»

M. A. Thomas, después de decir que la Sociedad de autores y compositores dramáticos tiene derecho para considerar á Halevy como una de sus glorias, se expresa de este modo:

«Halevy tuvo el raro privilegio de reunir en sí los talentos de una porción de hombres eminentes. Compositor ilustre, maestro en su arte, fué á la vez escritor superior, orador brillante é ingenioso. Quien le hubiese oído en sociedad sin conocerle, habría creído oír á uno de esos hombres amables, cuya única ambición es agrandar un momento; al escuchar sus lecturas en la Academia de bellas artes, se habría creído estar en la Academia francesa, y al ver representar sus obras, se reconocía al punto al hombre de genio. He pronunciado la palabra *genio*, y no he dicho bastante: imaginación poderosa, sentimiento poético, ciencia profunda, reunía todas las cualidades que dan á las producciones del arte la vida y la grandeza.

» Mas de treinta óperas componen la obra dramática de Halevy, esa obra que ha dado á la escena francesa un brillo tan vivo y tan duradero. Discípulo de Cherubini, fué el continuador de su bella escuela. También él ha formado numerosos alumnos, de los cuales algunos se han conquistado ya un puesto brillante; y su enseñanza, que es también uno de sus títulos de gloria, ejerce aun en el día, no menos que sus producciones, una alta y fecunda influencia sobre el arte contemporáneo.»

Los tres discursos restantes abundan en las mismas ideas, y las apreciaciones del talento de M. Halevy, que es lo que aquí nos ocupa principalmente, son también las mismas.

El diario oficial de esta semana ha anunciado á sus lectores los resultados de una expedición fotográfica á un punto bien curioso y bien poco conocido, las Catacumbas de París, que ocupan un vasto espacio subterráneo en la orilla izquierda del Sena. Antes de hablar del éxito de esta tentativa, hagamos una sucinta descripción de esas inmensas bóvedas donde reposan los huesos de tantos millones de parisienses.

A principios del siglo IV comenzaron á abrirse las canteras existentes hácia el lugar que ocupaba la antigua barrera de Enfer, y de ellas sacaron los materiales que han servido para la construcción de la mayor parte de los edificios de París. Naturalmente, en tantos años como se continuaron estas excavaciones, llegaron á tomar una extensión inmensa, que en el día tiene por límites por una parte las fortificaciones, y por otra una línea paralela al río, de modo que el Observatorio, el Luxemburgo, el Odeon, el Val de Gracia, el Panteon, la plaza de San Sulpicio, las calles de Saint-Jacques, de Tournon, de Vaugirard, de Cherche-Midi, de Sevres, etc., reposan como si dijéramos sobre un abismo. Han ocurrido ya varios hundimientos en distintos puntos, y para evitarlos en adelante, se ha trazado un plan exacto de todas las canteras, y se han emprendido y se ejecutan grandes obras de consolidación, allí donde se reconoce que hacen falta. No todo este espacio merece el nombre de catacumbas que le da el público, denominación que solo es exacta en la parte situada bajo el terreno comprendido entre la avenida de la Santé, la calle Dareau y la calle de la Tombe d'Issoire, donde se encuentra en efecto el «Osario subterráneo de la villa de París,» que así se llama oficialmente esa parte de las canteras donde se depositan desde fines del siglo último los huesos de los cementerios que han sido sucesivamente suprimidos. Después de 1814, época en que fué terminada la traslación del contenido de unos veinte cementerios hasta 1859, el osario parisiense no había recibido nada; pero desde esta última fecha el depósito se ha aumentado con muchos miles de individuos.

Las Catacumbas, para darlas el nombre vulgar, son como otra ciudad, un mundo silencioso, oculto á todas las miradas, ignorado de la mayor parte de los parisienses, una capital de los muertos con sus calles, sus plazas, sus encrucijadas y sus fuentes. ¡Qué de generaciones olvidadas en esos montones de huesos! Se circula en esos lúgubres sitios por galerías cuyas paredes se componen de los huesos más voluminosos; toda la decoración de esa arquitectura fúnebre está hecha con calaveras, tibias y fémures, y hasta se ve en ese lugar una especie de museo, donde han recogido los huesos que por la naturaleza de su configuración pueden ser interesantes para la ciencia. Se calcula que en estas sombrías moradas yacen treinta ó cuarenta generaciones.

Las inscripciones lapidarias recuerdan la procedencia de los huesos recogidos. Los despojos de los infortunados que desde 1792 perecieron en la sangrienta lucha de los partidos, se han reunido en dos capillas que llaman de la Revolución y de las Víctimas. No lejos de ese punto corre una fuente llamada en otro tiempo del Olvido, y luego de la Samaritana, porque su inscripción recuerda las palabras que dijo á aquella mujer el Redentor de los hombres.

Ahora bien, todas las tentativas de los dibujantes para trasladar al papel el efecto que produce la vista de esas singulares galerías subterráneas, muy bajas y muy anchas, habían sido infructuosas, cuando los ingenieros tuvieron la idea de apelar á la fotografía combinada con la luz eléctrica, y para ello se dirigieron al afamado artista M. Nadar, el inventor de la fotografía areostática.

M. Nadar, dice el *Moniteur*, ha encontrado muchas dificultades para llevar á buen término su obra, nacidas las principales de la imposibilidad casi absoluta de operar fotográficamente, sin espacio, con productos maleados por las exhalaciones, y medio asfixiado por los gases deletéreos de la pila eléctrica bajo aquellas bóvedas.

A muchos de los que le acompañaban en su tarea hubieron de sacarles al aire exterior á toda prisa, pero él con una animosa

persistencia obtuvo unas veinte vistas, que formarán una publicación curiosa cual ninguna.

Salgamos nosotros también de este lúgubre recinto.

Se habla mucho en París de un proyecto de exposición permanente, que si se realiza, promete muchas ventajas al público.

Se trata de elevar un gran palacio de hierro y de cristal en un punto que no se designa todavía, para instalar en él una «Exposición universal y permanente de los productos de las ciencias, las artes, la agricultura, la industria y el comercio.»

El autor del pensamiento es M. Liandier, que ha presentado un programa cuyo resumen es este: «Reunir en un local inmenso las muestras de los productos de cada día y de todos los países, á fin de que los productores, los comerciantes y los consumidores procedentes de todas las partes del mundo, puedan verlos y estudiarlos continuamente.»

Se añade que el gobierno protege la empresa; que el emperador y los ministros de Hacienda, de Agricultura y Comercio han concedido los permisos competentes para la mejor realización del proyecto, con todas las facilidades prácticas que ha podido desear M. Liandier.

Por último, parece ser que los fundadores no quieren abrir suscripción para hacerse con los fondos que reclaman las necesidades de la naciente empresa, y que para cubrirse de los gastos que ocasionará la construcción del palacio, se contentan con lo que habrán de pagar los expositores, pues en cuanto á la entrada debe ser gratuita la mayor parte de los días de la semana.

Ya que hablamos de exposiciones, hé aquí las cifras de las obras de arte que los artistas franceses tendrán en la Exposición de Londres:

Dibujos y grabados de arquitectura, 22; — pinturas, aguadas y dibujos, 150; — esculturas, 45; — grabados y litografías, 41.

Lo que hace un total de 258.

Estos guarismos han sido publicados por la comisión imperial de Francia, y los artistas de este país están muy quejosos de que se hayan recibido tan pocas obras suyas en Londres, cuando en la Exposición del año 1855, tuvieron los ingleses en la de París más de 700.

Mientras se inaugura en la capital de Inglaterra esa Exposición, podremos admirar en París la de la Sociedad imperial y central de horticultura, que tendrá lugar del 17 de mayo al 22 de junio en el Palacio de los Campos Eliseos, y le transformará como de costumbre en un vasto y hermoso vergel, juntamente con la del Museo Campana, que se abrirá por el mismo tiempo en el mismo edificio. Ya saben nuestros lectores que esta galería se compone de una colección de riquezas inapreciables de la antigüedad, adquiridas en Roma por el gobierno francés, que darán margen á elevados estudios por parte de los artistas, de los historiadores y de los arqueólogos. El público espera también con impaciencia la apertura de esta Exposición, de que tanto se ha hablado, y cuyo contenido pasará después á enriquecer las ya riquísimas galerías que forman el vasto museo del Louvre.

Damos en la página 221 un dibujo referente al gran baile que ha tenido lugar en el Gran Teatro de Lyon á beneficio de los obreros sin trabajo, sobre el cual nada tenemos que decir, porque se explica suficientemente por sí mismo. Únicamente apuntaremos que estuvo muy concurrido, y que el producto de él correspondió á las esperanzas que habían concebido los organizadores de esta fiesta de beneficencia. Por lo demás, tanto en Lyon como en París, todo el mundo trata de socorrer á esa clase tan numerosa y digna de interés, formada por los obreros de aquella y otras ciudades manufactureras, y que se encuentran sin trabajo actualmente por causa de la crisis comercial que atravesamos. Con ese laudable fin se han abierto suscripciones que están produciendo los resultados más felices; el emperador figura á la cabeza de las listas por una cantidad de 250,000 fr.

MARIANO URRABIETA.

Las primeras flores.

(Continuacion.)

Había notado si solo
 Por acaso, que á despecho
 De algunos caritativos
 Amigos, de ardiente celo
 Por sustraerle á la senda
 De su inclinacion, los versos
 Que preludiaba su musa
 Comenzaban á hallar ecos,
 Y que en especial las damas
 Le daban oído atento
 Y aun testimonio en sus ojos
 De su simpático afecto.
 «¿Quieres juzgar — dijo un día
 Él á un amigo — del mérito
 De una obra artística? hazla
 Reflejarse en un espejo:
 El único fiel y puro
 En obras de sentimiento,
 El que no miente, es el alma
 De una mujer. No hay más medio.»
 Por eso tal vez con ellas
 Era más franco y abierto:
 Su entrevista con Lucía
 Daba testimonio de ello.
 Ella escuchaba hechizada
 Aquel lenguaje sincero,
 Llano, infantil, sin embargo
 No de reflexión exento;

Y al paso que iba alcanzando
 Mayor luz en los diversos
 Malladados incidentes
 De la existencia de Alberto,
 Veíanse sus facciones
 Cubrirse como de un velo
 De tristeza, y en notable
 Signo de enternecimiento.
 Todo lo oyó: la ventura
 De su niñez en el seno
 De su extinguida familia
 Y bajo el paterno techo:
 Sus alegrías de niño,
 No obstante un presentimiento
 Vago, que en ellas vertía
 Ligera gota de agenojo:
 Del hogar los caros hábitos,
 Y los fantásticos cuentos
 De su nodriza, que pábulo
 A su inquieta mente dieron:
 Su orfandad, temprano dardo
 Que por siempre su veneno
 Dejó en su alma: su vida
 Desde ese triste momento
 Sometida á ajeno arbitrio
 (Gracias sin embargo al cielo);
 Y en fin, del piadoso amparo
 En costoso acatamiento,
 El sacrificio de unirse
 A quien no amaba, rindiendo
 La flor de su vida en aras
 De su destino severo.

(Se continuará.)

JOSE ANTONIO CALCAÑO.

Apuntes de un viaje á España

POR M. DE RIBEYRE DE VILLEMONT.

(Véase el número 480.)

«Lo mejor del mundo es Europa, lo mejor de Europa es la España, lo mejor de España es Madrid, lo mejor de Madrid la Puerta del Sol; por consiguiente, la Puerta del Sol es el punto privilegiado del mundo.» — Esta sátira, muy conocida, contra los castellanos, podría hacerse extensiva á ciertos parisienses de los que se figuran que su capital es el corazón de la Europa, y que un hombre que comprende la existencia no puede vivir en otra parte. Por lo demás, yo prefiero ese egoísmo nacional, aun disfrazado con el nombre de patriotismo, á una vaga filantropía que al cabo se reduce al amor del individuo. Nadie más sensible que el español al puntillo de honra nacional, y le felicito por ello. Es un noble estímulo que á veces conduce á todo un pueblo hasta el heroísmo; únicamente, es preciso tener cuidado con un escollo de los más peligrosos, la exageración, pues entonces se expone el hombre á repetir el lance de Don Quijote contra los molinos de viento. Así es que ha nacido en España la incomparable novela donde la exageración llega á lo sublime en el ridículo.

Pero volvamos á la Puerta del Sol. Confieso que me había figurado algún magnífico arco de triunfo de mármol blanco coronado con un Febo subido en un carro griego y arrebatado por cuatro briosos alazanes. ¡Pura ilusión! La Puerta del Sol es sencillamente una encrucijada de dimensiones muy modestas, en donde desembocan las calles principales de Madrid. En todas partes gustan los nombres retumbantes; los Campos Eliseos, ¿no eran hace pocos años aun un baluarte muy sucio donde se reunían los gitanos de París, y la plaza de la Concordia no ha sido á menudo el teatro de nuestras discordias civiles?

La Puerta del Sol es pues el sitio más animado de Madrid, el punto de reunión de los ociosos, de los bolsistas, de los extranjeros, de los majos, de los gallegos, de esa población cosmopolita que se encuentra en todas las capitales. Allí se va á charlar de noticias y á tomar el sol en el invierno; se esperan los correos y las diligencias, siempre fumando el cigarrillo y mirando pasar á la manola graciosamente envuelta en la mantilla.

El viajero que durante siete meses consecutivos ha pasado sus días explorando ruinas, monumentos, iglesias, palacios, claustros y conventos, respira con júbilo cuando le dicen al llegar á Madrid: Aquí no teneis nada de una antigüedad venerable, ni una iglesia, ni un edificio importante que visitar. El Palacio Real, levantado en tiempo de Carlos III, á quien España y Madrid deben tanto, impone por su masa, sobre todo por el lado del Manzanares; pero su arquitectura exterior y los ricos adornos del interior se parecen á los de cien habitaciones reales de la misma época. El palacio del Congreso inaugurado en 1850, recuerda bastante por su fachada principal y sus disposiciones interiores el del Cuerpo Legislativo de París. El interior, admirablemente distribuido y de una gran riqueza de ornamentación, está adornado de pinturas de mérito, debidas á los pinceles de los primeros artistas actuales de la España, Madrazo, Ribera, Espalter, etc. Después de haber visitado esos dos edificios, algunos mausoleos y pinturas en las iglesias, ya no queda otra cosa que el paseo del Prado, donde se reúnen las mujeres más lindas de España, y la galería de cuadros, la más rica del mundo en obras maestras. Creo que esto es más que suficiente para fijarse un mes en Madrid.

Principiemos por el Prado. El Prado es un vasto paseo plantado de muchas hileras de olmos, atacados como sus hermanos de Paris de esa lepra incurable que resiste á los riegos y á las cauterizaciones. Hay un lado para los coches, y otros para las personas que van a pié; en la parte donde están las sillas, llamada *salon*, es donde el extranjero puede estudiar los tipos diferentes de la poblacion española, pues Madrid tiene como Paris, el don de atraer de las provincias la gente rica y elegante. En el Prado se ve un poco de todo; carruajes ingleses y franceses de los mas ostentosos, antiguas carrozas con tiros de bonitas mulas, caballos andaluces relucientes, torneados, con largas crines y colas, nobles animales tan admirablemente reproducidos en los retratos de Velazquez, y que uno no se cansa de mirar. Aquí la señora vestida á la última moda de Paris; allí la manola con velo ó con mantilla, en una palabra, los trajes, las modas, las fisonomias de todas las provincias. Muchedumbre animada, pintoresca, que circula por el salon, hablando, riendo, meneando el abanico y los ojos con una gracia encantadora. ¡Cuánta cabeza incomparable que aquí pasa desapercibida y haria furor en Paris, pues digámoslo de paso, solo la juventud elevada de nuestra gran capital tiene la depravacion ó el mal gusto de dejarse explotar por el medio mundo mas pretencioso, mas ajado, mas egoista y mas envilecido que puede imaginarse, y en ese golfo sin embargo, vie-



Aranjuez. — Palacio de estío de la Reina (lado norte).

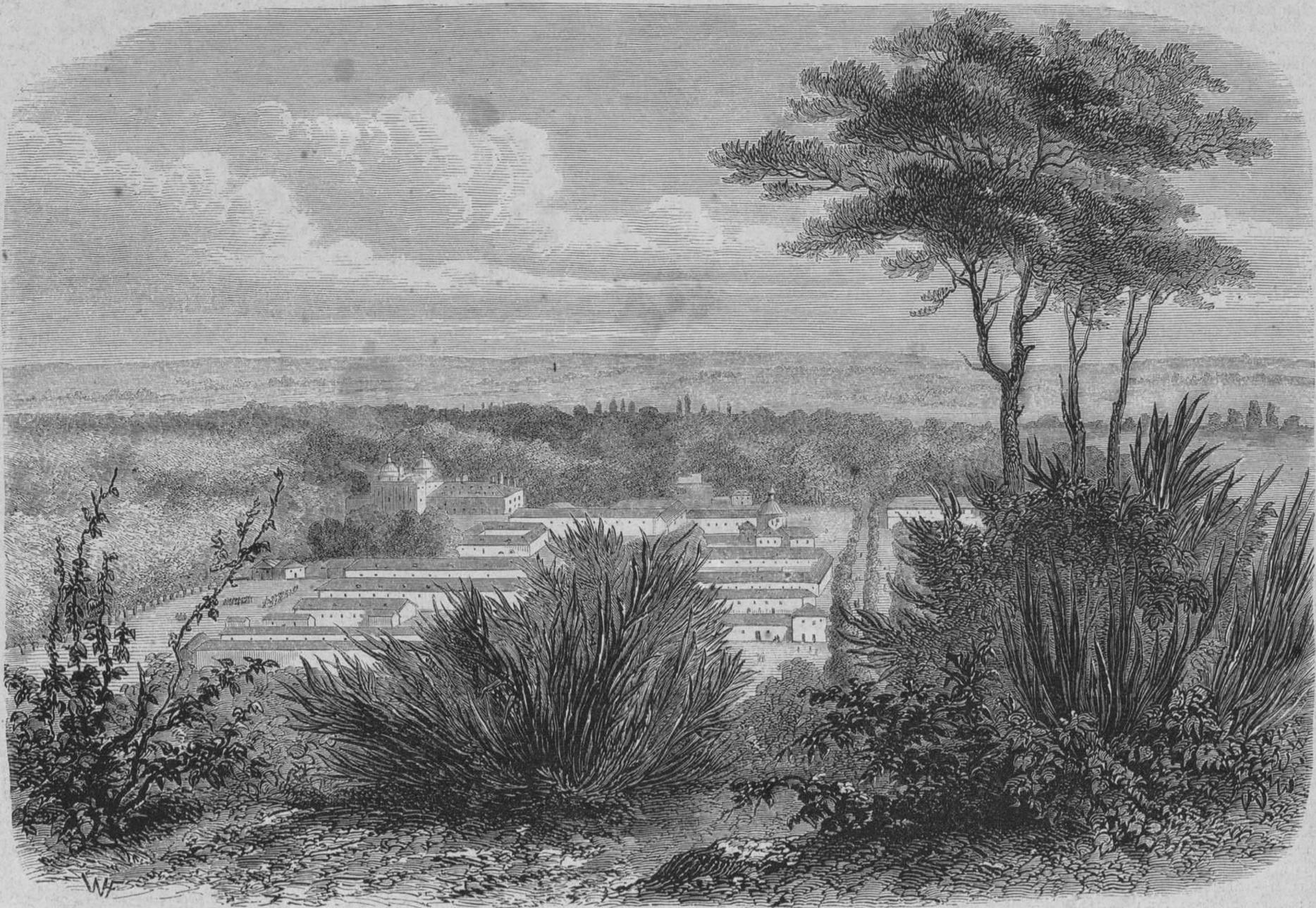
nen á morir tantas fortunas, tantas reputaciones, tantas existencias!

En Madrid no se ve tal cosa. Las exigencias y el tono de la sociedad no permiten ni las flaquezas ni el escándalo llevados á tal exceso. El medio mundo permanece en su puesto, y no se encuentra una desvergonzada de baja esfera muellemente tendida en su carruaje mirando desdenosamente á la madre de familia cuyo hijo ó cuyo marido está arruinando.

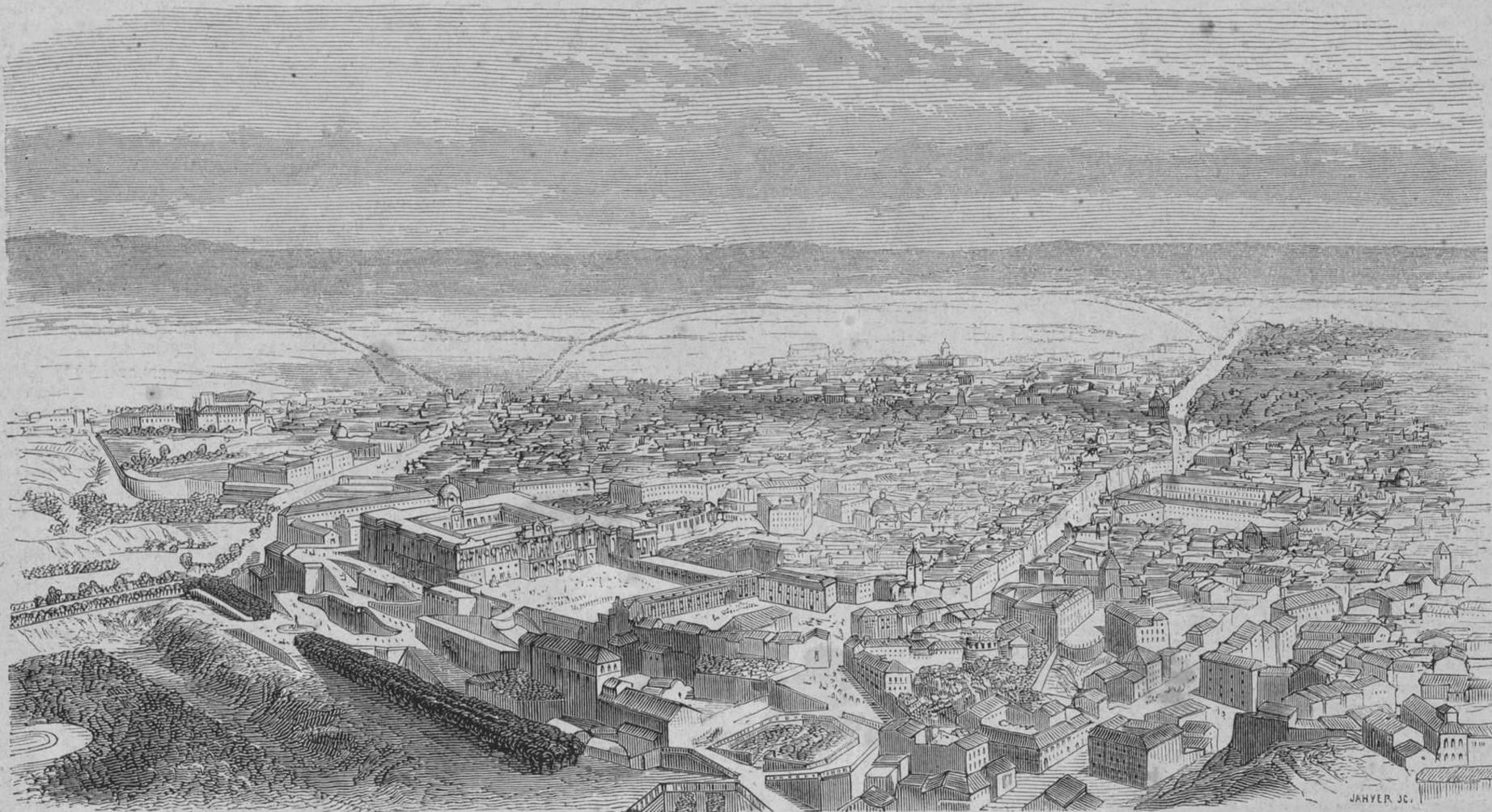
Pasemos ahora á la galería de pintura.

El Museo Real, edificado entre el Prado y el jardin del Buen Retiro, por uno de los mas grandes soberanos de la España, Carlos III, encierra una coleccion de dos mil pinturas, de las cuales quinientas son obras maestras de un valor incalculable. ¿Cómo dar en algunas líneas una idea de esos tesoros de arte? Preciso será pues contentarse con algunas cifras, que hablarán sin duda bastante claro á los que conocen los grandes maestros y sus obras.

Diez de Rafael, cuatro de ellos dignos de figurar con los del Vaticano; cuarenta y tres del Ticiano y de los mejores; veinte y cinco de Pablo Veronés; treinta y cuatro del Tintoretto; sesenta y dos de Rubens y de los mas importantes; veinte y dos de Vandyck, y cincuenta y tres de Teniers; cuarenta y seis de Murillo; sesenta y tres de Velazquez, su obra casi entera, y cincuenta y ocho de Ribera. Esta enumeracion justifica la reputacion que tiene el museo de Madrid de ser la galeria mas rica en obras de



Vista general de Aranjuez.



Vista general de Madrid.

primer orden. Todos los aficionados deben hacer lo que yo, pasar un mes en Madrid, y todos los días gastar tres ó cuatro horas en recorrer las salas del Museo. Después de haber visitado las colecciones de Italia y de Alemania, quedan por conocer dos grandes maestros que solo pueden conocerse en España, y son Velazquez y Murillo, sobre todo el primero, que no tiene ninguna obra importante fuera de Madrid. ¡Qué verdad de estilo y de expresion en sus personajes! Magia poderosa del pincel y del colorido, que á pesar de las injurias del tiempo presenta todavía en esos lienzos la mas completa realidad á que pueda llegar el arte. Es preciso convenir en que en todo el mundo no hay nada mas sorprendente. Sevilla, donde Murillo pasó la mayor parte de su vida, posee sus obras maestras; pero los cuarenta y seis cuadros del Museo bastan para poder apreciar debidamente al primer pintor de los éxtasis, de las visiones y del misticismo religioso, al mismo tiempo que al

mejor colorista que ha habido nunca. — El verdadero aficionado no se cansa nunca de visitar el museo de Madrid. Retarda su marcha de día en día temiendo no llevarse bastantes impresiones, bastantes recuerdos. — Pero al fin es preciso despedirse.

La España tiene pues un Museo digno de lo que fué y de la proteccion que acordó á las bellas artes. También tiene su Versalles, y este Versalles es Aranjuez, donde la corte pasa generalmente la estacion de primavera.

El ferro-carril de Alicante nos trasporta en dos horas al través de un pais pelado y desierto, como toda la campiña de los alrededores de Madrid. Por eso al llegar la vista contempla con delicia los frescos céspedes y los arbustos seculares regados por el Tajo, que dan á esta residencia real un encanto particular. Desde el sombrío Felipe II hasta Isabel, todos los soberanos han contribuido al embellecimiento del parque ó del palacio, y se puede descubrir el gusto y el carácter de cada uno de

ellos, sobre todo en la disposicion de los jardines. Aranjuez tiene pues a un tiempo algo de Fontainebleau, de Versalles y de Saint-Cloud. Como en Versalles y en Saint-Cloud hay magnificas avenidas que se pierden en el horizonte, céspedes, fuentes monumentales, elegantes pabellones, parterres de mosaico, casas rústicas, y como en Fontainebleau, hermosos bosques, la naturaleza en todo su desorden y el encanto de la soledad.

El palacio, que en ciertas partes se asemeja al de Fontainebleau, no ofrece nada verdaderamente interesante entre las riquezas de ornatos y de muebles en el interior, mas que el gabinete de porcelanas de China de Carlos III, y la sala donde la reina Isabel ha hecho reproducir las pinturas de la Alhambra; pero á la extremidad del parque, una casa de sencilla apariencia llamada del Labrador, y que todo el mundo visita, oculta en su interior un lujo y una elegancia de colgaduras, sederias, mosaicos, mármoles y objetos de arte,



Vista general de Toledo.

que causan la sorpresa mas agradable y mas viva. Aranjuez es un pueblecillo de fondas y casas de huéspedes, donde como en Potsdam, llevan hasta la perfeccion el arte de sacar partido del forastero. Por todas partes os asaltan guías que acaban siempre por hacerse indispensables y que no os sueltan ya. ¡Ay del que no habla español! Las habitaciones tienen precios exorbitantes; yo he pagado 15 francos por un modesto almuerzo compuesto de una tortilla y una chuleta; y debo advertir que fué en una fonda francesa; ¡honrado fondista! ¡Y pensar que tenemos en España veinte mil compatriotas que ejercen este oficio de desollar al prójimo! Pero Aranjuez está tan cerca de Madrid y tiene tan hermosos jardines, que a la verdad no sale caro visitarlos!

De Aranjuez se puede ir a dormir el mismo día a Toledo por el ferro-carril. En la antigua capital de la monarquía española no hay que buscar fondas y precios aristocráticos como en Aranjuez. Todo lo mas primitivo que se pueda dar en esa clase de establecimientos existe en Toledo; pero yo supongo siempre al viajero atacado como yo de la manía de los monumentos y de las artes, y en este caso todo lo demás importa poco.

Al dirigirme a España me habia yo forjado una ilusión: queria encontrar una ciudad muy vieja, muy arruinada, muy solitaria, una ciudad que estuviera en la edad media todavía. Quería ver calles que desmintieran la civilización moderna tan amiga de la línea recta, callejuelas tortuosas, desiguales, a pico ó en derrumbadero, laberintos donde uno se pierde a cada paso, callejones sin salida, ruinas de todas las edades. Quería hallar en España una ciudad que fuese un recuerdo vivo aun de las cuatro civilizaciones del país: muros y bastiones romanos, sinagogas y mezquitas, torres y fortificaciones árabes, castillos almenados de la edad media, iglesias, conventos y claustros del mas elegante estilo gótico; yo me figuraba todo esto envuelto en una confusión admirable, cayéndose de vetusto, minado por el tiempo, los elementos y la mano del hombre, el mas implacable de todos los agentes destructores. En fin, queria ver en torno de este vasto sepulcro de las esperanzas y las grandezas de tantas generaciones, un paisaje triste y severo como conviene a la antigua España.

Pues bien, esa ciudad imposible la tengo ahora a la vista, ahora que estoy en Toledo. Los viajeros y los guías me repetían sin cesar: ¡Id a Toledo! es una maravilla de antigüedades, es la ciudad mas interesante de España; y yo apenas los creía. Los que leéis estos renglones hacéis lo que yo en otro sentido. Tened por seguro, que todo lo que os puedan decir sobre Toledo, todas las descripciones, todas las pinturas no se acercarán jamás a la realidad. Toledo es como la Alhambra, es necesario verlo.

Después de esta introducción, no os prometeis sin duda que yo os lleve al través de esas calles increíbles empedradas de un modo infernal, pues tendríamos que detenernos ante cada fachada, ante cada casa, ante cada trozo de pared para estudiarlos. Tampoco esperais que os haga la descripción de la catedral, que ocupa nada menos que setecientas cuarenta y cinco páginas en el *Toledo en la mano* del señor Parro; es un museo inagotable de arquitectura y de escultura de todas las épocas. Si queréis ver uno de esos tesoros de iglesias de que quizá habeis oído hablar, venid a la sacristía de la catedral de Toledo, y entre tantas maravillas como hay allí, os enseñaré dos no mas; y la Custodia que se saca en la procesion del Corpus, templete gótico de 16 pies de altura, de plata sobredorada, esmaltada, cincelada, cubierta de estatuillas y piedras preciosas (la fabricacion de este monumento, que así debe llamarse, duró cien años, y fué obra de tres generaciones de artistas, Enrique de Arph, su hijo y su nieto); y el manto de la Virgen, que tiene en los bordados ochenta y cinco mil perlas, doscientas cincuenta y seis onzas de semilla de perlas sirviendo de fondo a un río de diamantes, rubies y zafiros. De todo hay en Toledo, hasta joyas de un inmenso valor. Los españoles dicen que se necesita un año para ver Toledo, y es la verdad. Por mi parte yo necesitaría un tomo para hablar de Toledo a mis lectores.

Un año de matrimonio

POR EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

Una sonrisa asomó a los labios de Lavinia, y aunque era dulce y graciosa, no se hallaba exenta sin embargo de cierta expresion irónica.

Julia no lo observó, pues después de haberse entregado a lo que ella llamaba sus cuidados maternos, corrió por todas partes a satisfacer su curiosidad y a exhalar su admiración; pero Rodolfo leyó en aquella sonrisa el pensamiento de su hermana, y acercándose a ella murmuró rápidamente:

— No seas injusta, hermana mia; te aseguro que es todo lo que parece y todo lo que debe ser; una esposa tierna y una madre incansable.

— Entonces, ¡alabado sea Dios! se contentó con decir Lavinia, y se dirigió adonde estaba Julia.

— Ahora no me sorprende que te guste tanto tu casa, exclamó esta; estoy maravillada... ¡qué elegancia! ¡qué gusto! ¡cuantas comodidades! Pero estoy anhelando ver cómo has domesticado al oso, y cómo has hecho su educación.

— ¿Y no deseais saber también cómo él ha hecho la mia, pícaro mala lengua?

— ¡La tuya! A Dios gracias, estaba concluida antes de que entrases bajo la coyunda del himeneo, como dicen los poetas, y no daría crédito a mis ojos si te viese volver a la escuela.

— ¿Crees tú, mi buena Julia, que la educación se termina con el casamiento? ¿no te parece, que por el contrario, ese día es cuando comienza algo mas formal y sagrada que antes?

— ¡Silencio! a fe mia es una suerte que Rodolfo no te oiga, pues le echarias a perder con tus abominables principios. ¿Con que les toca a los maridos educar a sus mujeres? ¿Te has vuelto loca?

— No precisamente a los maridos, pero sí al matrimonio; es tan fértil en lecciones, que con buena voluntad y algo de atención, pronto adquirimos en él una precoz experiencia.

— Pues yo por mi parte, exclamó Julia con una carcajada, maldito el caso que hago de una experiencia que no nos proporciona ningun placer. En cuanto a su utilidad tampoco la veo, y no me costaría trabajo probar que se puede prescindir de ella.

— ¡Y yo que pensaba que ya la habias adquirido!...

— ¿Cómo es eso?

— Sí, porque Rodolfo me ha dicho hace un instante que eres la mujer mas tierna y la madre mas incansable del mundo.

— Lo soy, es verdad, porque me agrada serlo, porque amo a Rodolfo y a nuestro angelito, y cumplo con placer todos mis deberes, pero esto proviene de mi buen corazon, y no de la reflexion ó del raciocinio; no hago nada porque otro me lo pida, sino porque en mí es un instinto hacerlo; no obedezco mas que a mi voluntad.

— Quizá seria mejor en efecto, que pudieras estar segura de que te guían siempre deseos legítimos y una voluntad instintivamente buena. Pero admitiendo por un instante que un día amaras menos a Rodolfo, ¿cesarias entonces de cumplir con tus deberes?

— ¡Oh! ¡qué suposición tan horrorosa! ¿De dónde sacas tales ideas? ¿Cómo quieres que admita que yo pueda amar menos a Rodolfo? ¿No has leído en todos los libros que un amor puro é inocente es eterno? Por consiguiente, yo no puedo cesar de amar a Rodolfo, y en segundo lugar, él no puede pedir que yo sea su esclava, lo que muchos maridos exigen quizá de sus mujeres.

— ¡Ah! mi querida Julia, eso de esclava ya no es moda hace tiempo. Las esclavas de sus maridos eran como unas bestias de carga, que guiadas por el palo del amo iban adonde él queria conducir las; hoy tenemos que hacer otro aprendizaje mas difícil y mas digno, tenemos que aprender a leer en las miradas de nuestros maridos sus deseos y sus voluntades, a fin de cumplir los primeros y prevenir las segundas, de modo que los lazos con que nos tienen encadenadas se vuelven ligeros é invisibles, como unas hebras de seda que nos guían sin servirnos de obstáculo.

Mientras Lavinia hablaba así, Julia habia permanecido de pie en medio del cuarto; pero al oír las últimas palabras de su cuñada, meneó su linda cabeza con una impaciencia muy graciosa, y tapándose los oídos declaró que no queria saber nada mas de tan abominable doctrina.

— Pero no has escuchado aun sino la mitad de lo que tenia que decirte; si hubieses esperado dos minutos, la conclusion de mi profesion te habria parecido mucho mas agradable todavía.

— Pues bien, me inmolo dos minutos mas; veamos lo que falta.

— Iba a decirte, que al mismo tiempo que aprendemos enseñamos, de modo que esas hebras de seda, esos lazos ligeros é invisibles se hallan alternativamente en manos de nuestros maridos y en las nuestras, y de este modo les llevamos sin que ellos lo adviertan mucho mas lejos del lugar de donde habian partido.

— Eso es ya otra cosa; pero por mi parte, sin embargo, no me contentaria con esa secreta igualdad; yo quiero que Dios y el mundo puedan ver que hago mi voluntad, y que a veces la impongo a otros. ¿Has visto en tu vida dos personas mas dichosas que Rodolfo y yo?

— Quizá... pero no, puesto que para ser feliz no hay mas que creer serlo.

— Es lo mas importante, y no entiendo porqué los demás se empeñarian en que no somos dichosos cuando se lo afirmamos; ¿pero sabes de dónde proviene la felicidad de Rodolfo?

— Confieso que no, a menos que no dimane del convencimiento de que eres tú un dechado de perfecciones.

— ¡Oh! No aciertas; su felicidad no estriba en eso.

— ¿Pues cuál es la causa?

— Voy a confiarte un secreto, que vale por si solo todo tu curso de experiencia matrimonial y de educación conyugal.

— ¿De veras?

— Rodolfo es el mas feliz de los hombres, porque le he enseñado a soportar todos mis caprichos, y te aseguro que le faltaria alguna cosa si yo por una rareza me mostrara juiciosa, razonable, obediente, en fin, como creen que se deben mostrar tantas mujeres que ignoran la felicidad verdadera. En cuanto nota que no tengo caprichos me cree enferma ó triste, se alarma, y con tal de volverme a ver tal como me ha hecho Dios, revolveria el cielo y la tierra.... De este modo, — y sin cálculo, pues ya sabes que yo obedezco siempre a la inspiracion del momento, — le guío por medio de una cadena encantada, hasta el punto adonde quiero que llegue; y él nunca se quejará, en atención a que cifra su felicidad

en hacer la mia; ahí tienes todo mi sistema, y te aconsejo que le aproveches.

— Me guardaré muy bien de hacerlo.

— ¿Y podria aventurarme a preguntarte porqué?

— Porque cuando ha durado cierto tiempo un poder despótico, sobreviene una revolucion infaliblemente. Primero conduce a la república, pero en breve el partido oprimido mucho tiempo, dando un golpe de Estado destruye el régimen de libertad y vuelve a traer el despotismo, con la única diferencia de que es él y no ya ella quien empuña el timon del Estado. Entonces reconocemos nuestra locura por habernos obstinado en ejercer la tiranía.

— ¡La tiranía! ¡la república! ¡un golpe de Estado! A la verdad, nunca te habria creído tan versada en las ciencias políticas; de todos modos te admiro. ¿Oyes, Rodolfo? añadió corriendo a echarse en los brazos de su marido que entraba en aquel momento; tu hermana es admirable, y si alguien fuese capaz de introducir la mas pequeña idea de gobierno en esta cabeza loca, seguramente me habria convertido.

Los ocho primeros días de su llegada al Rosenberg, todos fueron hechizos para la esposa de Rodolfo; no tenía bastante con las quince horas del día para organizarlo todo en las dos habitaciones que Lavinia habia puesto a su disposición; mil veces cambiaba las cosas; la cuna principalmente, no podia hallar una colocacion fija; aquí el sol, allí el aire de la ventana, allá el de la puerta impedían que quedase instalada. Pero durante estas vueltas y revueltas, que ora la divertían, ora la enojaban en alto grado, aun encontraba tiempo para ir a correr por los jardines y para devastar los cuadros de flores de Lavinia, a fin de tejerse coronas. De repente llamaba a Teresa y la hacia variar la comida que antes habia dispuesto, y luego en cuatro saltos se hallaba junto a Lavinia, que dejaba en breve para ir a sentarse al lado del mayordomo, a quien indicaba los cambios que era preciso hacer en el Rosenberg. Estaba siempre y casi simultaneamente a pie, a caballo, en barca, en coche, y cansaba con sus evoluciones a todo el mundo, aun al flemático sargento, que al concluir los quehaceres del día se sentaba cerca de su amiga Teresa, exclamando con terror que aquella joven caprichosa era capaz de trastornarle el juicio, pues en una hora le daba mas órdenes que Lavinia en un mes.

Pero trascurrida la semana y una vez que hubo disfrutado de todos los placeres que ofrecía el Rosenberg, Julia se arrojó una mañana sobre un sofá en el que estaba sentada Lavinia, y la declaró que no podia concebir cómo emplearía las tres ó cuatro semanas que debia pasar aun en aquel país de salvajes, y arrancando el libro de manos de Lavinia, la ordenó que la indicase algunas distracciones.

— Pienso que al llegar los caballeros inaugurarán alguna, la respondió sonriendo.

— ¡Los caballeros! exclamó Julia abriendo los ojos; ¿acaso vendrá otro que tu fastidioso marido?

— ¡Cuidado con lo que dices de mi marido, pues te equivocas llamándole fastidioso, y podrias ser castigada por tu calumnia!

— ¡Oh! tengo buena memoria, repuso con malicia Julia, sin lo cual me apresuraria a ser de tu opinion; pero ¿cuál es el otro caballero?

— El conde Adriano de B..., el mejor amigo de mi esposo; te he hablado de él a menudo.

— Sí, lo recuerdo, pero no me dijiste que debia venir.

— Era una sorpresa que te preparaba, y que me prometia ofrecerte como un preservativo, así que advirtiera en tí los primeros síntomas del enojo.

— ¡Siempre previsora! no obstante, dime qué especie de hombre es ese conde Adriano; ¿es joven, guapo, gracioso, y sobre todo, es atento con las señoras?

— A la verdad, creo que no sirve a otra dama que a la poesia; pero es un hombre estimable, afectuoso y de excelente trato.

— ¿Cómo puedes decir eso confesando que desdeña a las mujeres? En fin, ya que no tengo nada que hacer en esta casa voy a emprender su conversion, yo le haré entrar en vereda.

— ¡Un coche! exclamó Lavinia estremeciéndose, y una voz gritó en su corazon: — ¿Será él?

Su rostro se encendió, y un temblor nervioso se apoderó de ella; habianse separado picados y descontentos; ¿cómo volverian a verse? Las pocas líneas que habia recibido de él durante su ausencia no podían dar margen a ninguna suposición; ¿qué sucedería?

— ¿Qué tienes? exclamó Julia mirando a Lavinia con estupor; ¿la llegada de Hermann te pone en ese estado?

Lavinia se sonrió, y para recobrar el imperio sobre sí misma se fué a la ventana. Era en efecto su coche, era él... él, a quien ella habia acogido tan mal cuando salió a su encuentro... Debía reparar ahora lo que entonces habia hecho... el impulso de su corazon la dictó su conducta, y atravesando como una flecha el salon, se precipitó en la escalera para recibirle.

XXII.

El carruaje no se habia detenido aun, cuando Hermann trasportado de gozo al ver a su esposa que acudia a él, habia abierto la portezuela y se habia lanzado hacia el peristilo.

Los ojos de entrambos brillaban con una alegría que ya no trataban de velar, y un mismo arrebató habia teñido sus mejillas con un matiz purpurino. Antes de que la reflexion les diera tiempo para reprimir el movimien-

to natural de un júbilo infinito, Hermann había estrechado en sus brazos a Lavinia, y por primera vez había estampado un beso en su frente.

— Perdonadme, la dijo en voz baja y casi tan turbado como la joven, que con la cabeza recostada sobre su hombro apenas se sentía con fuerzas para levantarla; perdonadme, pero Rodolfo lo habría extrañado.

— Vamos, ¿no basta ya? exclamó Julia con impaciencia; ¿cuando nos llega el turno?

— Sed indulgente con nuestra caprichosa y querida Julia, murmuró Lavinia arrancándose de los brazos de su marido.

Y el coronel respondió en el mismo tono:

— Todos los caprichos del mundo no lograrían hoy acabar con mi paciencia.

Lavinia hizo como si no hubiera oído estas palabras, y se apresuró a dar la bienvenida al conde Adriano, que aun no había salido del coche.

Pasado el primer momento de desorden inevitable en semejantes ocasiones, Lavinia presentó su huésped a su cuñada; pero esta declaró inmediatamente que era demasiado feo para que mereciera los cuidados que ella había resuelto tomarse por su educación.

Durante este tiempo Rodolfo había llevado a Hermann hacia el balcón.

— Rosenborg es verdaderamente un paraíso, mi querido hermano, dijo sonriendo, y convengo ahora en que nada falta a su felicidad.

El coronel se sonrojó; pensaba en lo que diría Rodolfo dentro de tres meses, y pensaba también en los pocos gozos que había tenido últimamente en aquella morada, donde sin embargo, acababan de recibirle de un modo tan cordial.

— Es un capricho pasajero, dijo para sí queriendo desprenderse de la deliciosa impresión que había experimentado; mañana habrá cambiado ya, y al día siguiente tendrá otra humorada Dios sabe cómo.

— ¿No os incomoda? preguntó Julia poniendo su piecico en el balcón.

— Al contrario, contestó el coronel aprovechando la ocasión de sustraerse a una expansión que temía; ¿queréis que os traiga una silla?

— Mil gracias; y un banquillo para los pies tampoco vendría mal.

Julia se hallaba en sus glorias porque domesticaba al oso, y prevaliéndose de sus derechos de convidada, quería obligarle a hacer todos los actos de cortesía propios de un amo de casa; pero el oso protestó.

— Para un rudo soldado como yo, una silla es ya mucho, y todo lo que puedo hacer es ofrecer una a vos y otra a Lavinia.

— ¡Oh! yo voy a tomar mi puesto favorito, el sofá verde, dijo la joven sentándose.

El coronel la siguió sonriendo.

— Estoy viendo que dudáis de una conversión tan pronta.

— En efecto, tengo dudas acerca de su sinceridad; siempre he temido que tarde ó temprano la naturaleza recobre sus derechos; no se domestica fácilmente a un salvaje que acaba de salir de sus bosques, y por esto, si yo debiera elegir un caballero sirviente, apelaría a la complacencia del conde Adriano.

— ¿Sin temer las represalias de un marido celoso?

— ¡Oh! Sin ningún temor; pero me parece que el conde es quien está poco dispuesto a aceptar este honor; quizá el cansancio del campamento y del viaje le imposibilitan de poder apreciar la distinción que le conceden.

El coronel, que le conocía muy bien, fué el único que observó la turbación que se pintó en el rostro de Adriano, y la ligera violencia con que respondió:

— Sé apreciar tan bien la honra que me dispensa la bella señora de esta casa, que para comenzar a obedecer solo espero sus órdenes.

— ¿Pero no he dicho yo que me oponía a toda infidelidad? exclamó Hermann alegremente; disponer de mis derechos ya es una, si yo la declaro tal.

— ¡Oh! Eso sería demasiado despotismo, dijo Julia; la infidelidad de una mujer no puede estar en su desobediencia a las órdenes de su marido; mi querido Rodolfo, tú que eres leguleyo, dínos si aceptarías semejante principio.

— Podría suceder que algún día lo afirmara; pero por ahora, tus infracciones me obligan a rechazarle, pues eres tan desobediente como fiel.

— ¡Y tú eres un marido admirable, divino! Hermann, á ver si tomáis ejemplo de mi Rodolfo.

— No hay duda que ganaría mucho en ello, pero desgraciadamente, estoy mas acostumbrado a servir de ejemplo que a tomarlos de otros, y como Lavinia es muy diferente de su encantadora cuñada, tomo por mi cuenta el destituir al conde del puesto a que le ha promovido su elección.

— Y yo protesto, exclamó Adriano; apelo de un marido despótico a una mujer indulgente. ¿Entra en los límites de la autoridad matrimonial el anular las decisiones de esta señora?

— Lavinia, Lavinia, ten cuidado, exclamó Julia amenazándola con el dedo; piensa que del fallo que estás llamada a pronunciar depende la emancipación de las mujeres. Defiéndele y establece nuestra eterna independencia, respecto de un sexo ávido de autoridad y celoso de tiranía.

— ¡Ah! Dios mio, repuso Lavinia, me siento sin fuerzas para desempeñar la misión que me está encomendada en nombre de nuestro sexo, y para tan bella causa soy un campeón indigno, envilecido por las preocupaciones. Voy a dar un ejemplo fatal declarando que me someto en cuerpo y alma a la voluntad de mi señor

amo; pero nacida en las cadenas, no tengo para sacudir las manos de atleta, sino de esclava. Bajo este concepto prefiero someterme a mis hierros antes que romper las manos en esfuerzos inútiles, aun cuando deba faltar al honor que me estaba confiado.

— ¡Oh! renegada; ¡qué apostasia! exclamó Julia; pues bien, sola como estoy, yo declaro sin embargo, una guerra a muerte a vuestro sexo, despotas señores; yo os arrojo el guante; yo os combatiré en campo cerrado a pie y a caballo, sin tregua ni descanso; probaré mis fuerzas contra vosotros y haré que me pidáis perdón, nada menos que eso.

Y con un ademán de cólera muy gracioso había arrojado el guante a los pies de Hermann; Rodolfo le recogió y dijo riendo:

— Yo acepto el desafío.

— Pues bien, tendremos guerra, repuso Julia con acento altanero.

Pero en aquel instante pasó un aldeano por debajo del balcón con la cabra cuya leche mamaba el niño; y la orgullosa amazona, olvidando su carácter guerrero, exclamó:

— ¡Ah! ¡Dios mio! Mi pobre querubín que tendrá hambre; hay que ser madre ante todo, dejemos los combates para mañana.

Y salió seguida muy en breve de Rodolfo.

Poco tiempo después el conde Adriano se retiró a su aposento, y Lavinia y Hermann se quedaron solos.

Algunos instantes permanecieron en silencio; la excitación que les había dado hasta entonces la presencia de sus huéspedes les faltaba ahora; la sonrisa que había errado en sus labios se apagaba en una invencible confusión; deseaban a la vez que su entrevista se prolongara y se terminara, y entre tanto no sabían qué decirse.

Hermann se fué al balcón a sacar las sillas, y cerró las vidrieras con una lentitud calculada.

Lavinia recogía con distracción su bordado.

— No puedo retirarme, Lavinia, dijo por fin Hermann con una voz enteramente distinta de la que había tenido toda la tarde, y que flotaba de nuevo entre la burla y la amargura, sin preguntarnos antes a qué casualidad debo el favor de la acogida que me habeis hecho. Sabeis que estoy muy poco acostumbrado a ver mi existencia alumbrada con luces tan favorables, y a mi pesar clavo los ojos en el horizonte para ver si no descubro esas grandes nubes que se amontonan y se disipan, sin que yo pueda explicarme la causa de su venida ó de su desaparición.

— Hermann, ¿me habeis creído caprichosa? preguntó suavemente Lavinia.

— Quiero olvidar lo que he creído, y suplicaros únicamente que no me alijais con cambios (perdonad mi sinceridad) cuya causa no ha podido ser sino un capricho ó una injusticia.

— Me prometo poder evitar en lo sucesivo esas convenciones, pero también me arrepiento de haberos dado motivos hasta aquí para dirigirmelas.

La orgullosa mujer se detuvo un instante como sorprendida con aquella confesión de su propia flaqueza; mas el amor dominaba su orgullo, y continuó rápidamente:

— No creo ser ni caprichosa ni injusta naturalmente; las circunstancias me han obligado a serlo...

Al llegar aquí se interrumpió; ¿para qué sacar a relucir la historia de Maria de Rhenmann, ahora que estaba tan tranquila? ¿Porqué no esperar otra ocasión que determinara una confesión inútil en aquel momento?

— Perdonadme, Hermann, prosiguió; no puedo explicarme, pero ya que sois bastante generoso para olvidar el pasado, no hablemos mas de él. Yo solo quería recordarle para deciros cuánto deploro el modo con que os recibí cuando salisteis a mi encuentro... podeis creer que estoy arrepentida.

Una alegre sonrisa se pintó en el rostro de Hermann al oír aquella nueva confesión de Lavinia, y contestó radiante:

— ¡Lo habeis deplorado, Lavinia, estais arrepentida! En ese caso, puedo confesaros que jamás mi alma ha sentido un dolor tan profundo como entonces.

— Bien os vengasteis al dejarme al día siguiente sin una despedida, sin una palabra. ¡Qué despertar para mí cuando supe que habíais partido!

La mano de la joven descansaba en el hombro del coronel; Hermann la tomó suavemente, y clavando en ella su mirada como para evitar la de Lavinia, la dijo a media voz:

— Cuidado, no sabeis lo que haceis cuando me habláis así; vuestra voz me fascina.

Lavinia apartó su mano.

— Mi querido Hermann, le dijo con una voz mas que fascinadora, debeis estar cansado del viaje; que no os prive yo de descanso.

— Pues bien, hasta mañana, suspiró Hermann un poco calmado, dormid bien.

Llegó hasta la puerta, y volviéndose súbitamente preguntó:

— ¿Hasta cuándo tendremos nuestros huéspedes?

— Un mes aun, si os place.

— Con mucho gusto, aunque me parece que me han hecho volver a mi infancia. ¡Qué de locuras dichas en poco rato! No sé si podré continuar ese papel durante un mes.

— Tened paciencia, dijo la joven sonriendo.

Y luego viendo que no salía, añadió:

— Oigo a Teresa en el cuarto contiguo; sin duda espera mis órdenes, y me permitireis que vaya a darlas.

XXIII.

El mes de distracciones tan temido por el salvaje Hermann iba trascurriendo sin embargo, bastante entretenido exteriormente por locas diversiones, si bien agitado en el fondo con sordas inquietudes.

Desde el principio aparecieron elementos de discordia y de recelos; y no obstante, era preciso continuar aquella vida de fútiles placeres; era preciso que a los ojos de todos cada cual pareciese contento, y que la tristeza se velara bajo la risa; pero la vulgar sensatez de Teresa había advertido y muy pronto, que todo andaría muy mal con una persona en casa como Julia.

En efecto, pronto le pareció a la joven que aquella vida toda llena de placeres se hacía monótona; habría deseado algun trágico acontecimiento que rompiera su uniformidad, y su cabeza novelesca formaba empeño en crear circunstancias que la lanzasen fuera del curso ya enojoso de aquella existencia.

En sus horas de insomnio se acordó una vez del desafío que había dirigido a todos los hombres, y se preguntaba cómo le sostendría, cuando una idea súbita cruzó su mente.

— ¿Qué cosa mejor puedo hacer que infundir sospechas a Rodolfo? Si pudiera lograr darle celos!... ¡cómo me gustaría verle atormentado, rabioso con los celos!... Sí, ¿pero de quién me valdré?... Del conde... es horroroso... sí, sí, mi querido conde, sois horroroso... Pero no le hace, los hombres no notan esto, y luego, yo os manejaré a mi gusto. ¡Qué placer si pudiese ver a mi Rodolfo muerto de celos! Tendríamos disputas, lágrimas, y luego una magnífica reconciliación, en la cual le desearía yo todas mis baterías; tendría que confesar que soy una mujer adorable, amante y fiel... todo acabaría con risas después de habernos divertido!

Una vez concebido el plan, Julia no se paró en nada para ponerle en ejecución: indirectas al conde, enojo manifestado en presencia de su marido, turbación repentina cuando entraba Adriano, distracciones sin fin cuando otros la hablaban, insomnios repetidos, suspiros ahogados, un nombre repetido sin cesar entre sueños, todo se probó y se ejecutó, y Rodolfo acabó por notarlo y quizá el conde también, pues como queriendo evitar las insinuaciones de Julia estrechó mas su amistad con Lavinia, y se renovó la antigua intimidad. A menudo iba a buscar a la joven en su gabinete para leerla algunos ensueños de su melancólica imaginación, y Lavinia le recibía siempre cordialmente; sabía apreciar la inteligencia de Adriano, y poco a poco vino a dirigirla a su capricho sin que nada la advirtiese que semejantes relaciones podían ser peligrosas. Había demasiada serenidad en su corazón, demasiado orgullo inocente en la convicción de su pureza para que ella se alarmara con aquella fraternidad de dos corazones; bien segura del suyo que ya no poseía, ¿cómo habría podido creer que otro ardía por ella con una llama que siempre la dejaría insensible?

Solo las grandes almas tienen tales imprevisiones y tan audaces imprudencias; en el conocimiento de su propio corazón, en la casta ignorancia de su seducción, pueden sin saberlo ofrecerse a todos los amores preocupadas con el único que las posee. Pero para aquellos que asisten a esas intimidades cuyo secreto desconocen, ¡cuanta inquietud cuando aman! ¡cuanto tormento! ¡qué de apariencias que son convicciones para ellos!... Así le sucedió a Hermann; cuanto mas dominada se sentía Lavinia por su amor, menos se guardaba de cualquiera otro, y mas certeza adquiría el coronel de aquello que temía mas que la muerte. Y luego, se decía, lo que en otra mujer habría sido una infidelidad vergonzosa, no era en ella mas que el acto libre de un corazón que la pertenecía, y cuyos lazos temporales se soltaban mas y mas a cada hora. A ella podía absolverla; pero en cuanto a él, ¿podía consolarse ó resignarse? No, su corazón protestaba contra una suposición semejante, y en su necesidad de acusar a alguno de todo lo que padecía, acusaba a su amigo, y quería encontrar en toda su conducta los testimonios de una violación de amistad.

Recordaba que después de haber afirmado largo tiempo que no volvería al Rosenborg, había concluido por instalarse en él. Al principio, como por escrúpulo y por conciencia del peligro, había evitado a Lavinia y se había consagrado a servir a Julia; pero poco a poco, vencido por su pasión, había vuelto a la joven, y con una alegría bien ostensible.

(Se continuará.)

Las minas de sal de Wieliczka.

Wieliczka se encuentra a poca distancia de Cracovia, y el camino se hace ordinariamente en voz, pequeña carreta con cuatro caballos que llevan al viajero con una rapidez extraordinaria. El camino que se recorre tiene un aspecto soberbio, y el país es muy accidentado; en primer término, inmensos valles por los cuales serpentea el Vistula; en el fondo las espléndidas montañas de Tatra coronadas por las nevadas cumbres de las Carpatas, cuyos inmensos peñones están cubiertos de musgos

grises empastados en las rugosas piedras. Wieliczka no debe su importancia mas que á sus minas de sal, que son las mas ricas y las mas antiguas de la Europa. Una leyenda atribuye su descubrimiento á santa Cunegonda, mujer de Boleslas, rey de Polonia. Parece ser que allá

por el siglo XIII los monges del convento de Tyniec hacian ya en ellas grandes trabajos de laboreo; pero hasta el reinado de Casimiro el Grande no se ejecutaron de un modo regular.

Las principales capas de sal de Wieliczka se dirigen

del Este al Oeste, y aunque las obras se hayan profundizado considerablemente, aun no se conoce toda su extension.

Se necesitan tres horas para llegar al fondo de la mina; en un dia solo se ve una corta parte de esa inmensa



Iglesia en las minas de sal de Wieliczka (Gallicia).

ciudad subterránea. Se ha calculado que para visitar todos los trabajos y recorrer todas las galerías que hoy existen, se necesitarían de veinte á veinte y cinco días.

Más de mil obreros viven allí con sus familias; todos ellos son polacos, y tienen mucha afición á su penoso oficio. Generalmente son robustos y viven en esas regiones subterráneas como si hubiesen renunciado para

siempre al mundo y á la luz. Emplean 400 caballos para extraer la sal.

A fin de reprimir los abusos de algunos altos personajes, las leyes antiguas prohibían bajo pena de muerte la entrada en las minas; la dirección actual concede sin dificultad ese permiso, bajo la condición de llevar guías. Antes de bajar cubren al visitante con una gran capa

blanca é inscriben su nombre en un registro: buena medida de precaución.

La primera bajada se hace por una escalera de madera ó bien por medio de una cuerda con unas cinchas en las cuales se sienta el visitante, manteniéndose en equilibrio los diez minutos que dura el trayecto para llegar á las galerías superiores. La larga galería del

Oeste desemboca en una hermosa sala llamada el cuarto de Ursula, que es de una altura notable y resplandeciente toda ella de cristales soberbios. Para llegar al cuarto de Michalowice, se baja por una escalera cortada en la sal; el guia no alumbra mas que la parte donde hay que colocar el pié; cuando se esta abajo de la ram-

armaduras, tienen tambien un sello artistico sorprendente. La salida de la mina se hace por el mismo camino; es preciso volver á subir la tortuosa escalera del cuarto de Michalowice, y el efecto producido en la bajada hace comprender ahora el exceso de las precauciones con que a uno le rodean.



pa, á una señal dada los mineros encienden varios hacecillos de leña menuda que alumbran esa sala encantada, cuya espantosa grandeza no sabria figurarse la imaginacion mas fantástica: cuando las luces se concluyen, la impresion que queda es la de un sueño.

Las demás salas que se recorren despues conducen á un puente de madera arrojado sobre un abismo de 270 piés de profundidad, y que conduce al cuarto de Rosita. En esta parte de la mina se ha formado un lago que tiene mas de 150 metros de largo; la travesia se hace en una barca que parece navegar por un agua negra y espesa. El gas que se forma ahí causaba en otros tiempos terribles accidentes; pero gracias á las precauciones que se han tomado en el dia, son raros; así que un silbido anuncia una gran cantidad de gas, se previene su explosion.

Despues de haber visitado el cuarto de Pieskowa-Skala, se llega por una escalera de caracol á la iglesia de San Antonio, que es del año 1690: los mineros, que son fervientes católicos, asisten todos los dias de fiesta á los oficios que se celebran en esa capilla. Aquí nos espera un nuevo espectáculo no menos sublime: casi todos los detalles de esta basilica subterránea están cortados en la sal; la maciza arquitectura de las columnas y los ornatos de los capiteles tienen un carácter majestuoso, todo su estilo es sumamente original, y no hay duda que los arquitectos hallarian aquí muchos motivos de estudio.

Varias estatuas yacentes de reyes de Polonia y de caballeros cubiertos con sus

Baile dado en el Gran Teatro de Lyon á beneficio de los obreros sin trabajo.

Al salir de esas hondas cavernas la luz del sol deslumbra: la impresion que queda es la de un dia pasado en el otro mundo. S.

Las hermanas Delepierre.

Los principales críticos de Paris y de Lóndres han agotado el vocabulario de los elogios en favor de estas dos niñas artistas. El público parisiense las aplaudia hace pocas noches en el teatro de Variedades, donde sin embargo no llenaban mas que un intermedio de algunos minutos, como ya las habia aplaudido con frenesí en la escena mas musical del Teatro Lirico.

Pero donde hay que oirlas es en una reunion escogida, en un círculo de artistas; allí es donde se debe oír á esas dos gigantes del arte que apenas han salido de la cuna, y que ejecutan en violines no mucho mayores que la mano, y con una precision, un sentimiento y un brio increíbles, el repertorio mas brillante y difícil de los maestros: la fantasia del *Trovatore*, por M. Allard; la de *Lucrecia*, por Saintou; los *Recuerdos* de Bellini, por Artot, y otras muchas piezas, entre las cuales citaremos la fantasia de *Ma Celine*, de Haumann, interpretada por la pequeña Julia, y el quinto gran concierto en *ré mayor*, de Beriot, por Julieta la mayorcita, en medio de los aplausos de un público embriagado de entusiasmo. H. DE B.



Las hermanitas Delepierre.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las modas nuevas. — Tres paletós primavera: el Parisiense, el Voluntario y el Faublas. — Otras confecciones á la orden del día. — Sobre los vestidos. — El vestido Diana. — Vestidos de baile y de visita. — Los sombreros de la estación. — Descripción del figurin de este número, que se compone de cuatro lindos trajes.

Mucho tengo que decir esta vez en punto á modas nuevas.

Primeramente anunciaré que las confecciones se han reducido tanto, que apenas llegan á media falda.

Tres prendas se han adoptado para entretiem po, que son: el Parisiense, el Voluntario y el Faublas.

El Parisiense y el Voluntario son hermanos. Consisten en dos pequeños paletós de lana gris, ribeteados, con bolsillos en las caderas y en el pecho.

El Faublas es mas gracioso y elegante: se hace de tafetan negro forrado de tafetan blanco y orlado con un rizado de tafetan blanco velado en una ruche de encaje negro. Este provocativo Faublas se halla abierto por los lados y cierra únicamente con una botonadura de oro. Las mangas se hacen como las de las casacas de Marqués, con botones á los lados.

Ya que trato de confecciones, hé aquí una coleccion que se ha dado á luz esta primavera.

Un sobretodo Lavalliere que describe un fichu de pasamanería y de encaje, dejando flotar por detrás gruesos pliegues huecos. Sobre los lados dos adornos de pasamanería y de guipure, y al rededor una guipure cosida llano sobre un entredos de encaje. Las mangas con vueltas bordadas están guarnecidas de guipure.

Un Kaik de tafetan negro adornado en los delanteros con una ancha trenza de pasamanería describiendo un arabesco en redondo formando bolsillo, y que tiene al remate un grueso boton bizantino con una franja. Esta bonita prenda está galoneada al rededor con un rizado de tafetan.

Mangas de codo abiertas de lado con cifras árabes, trazadas en trencilla de seda.

Un chal Sevigné de tafetan negro fruncido y plegado. No sé cómo explicar estos pliegues sujetos con un broche de pasamanería con vueltas de encaje, y terminados con un rizado blanco que se continúa sobre los delanteros del chal. Al rededor puntilla de encaje y de azabache velando una ruche blanca.

Un Dubarry de tafetan negro, especie de casaca medio ajustada, con tres bandas de pasamanería que ocultan las costuras de la espalda y se terminan con un boton árabe con franja. Sobre los delanteros ruche de tafetan. Bolsillos ilustrados con trenzas de pasamanería.

Ya veis que la primavera comienza bien; y sin embargo, aun se baila, como en el corazon del invierno.

En cuanto á los vestidos, diré que las mangas se hacen muy estrechas, y casi todas cerradas en la muñeca, de modo que solo puede pasar la mano.

Es la moda del día.

Las faldas siempre largas, pero esta exageracion en los trajes de calle nos volverá á traer los vestidos cortos.

¿No ha sucedido lo mismo con las confecciones que llegaban al suelo y con las mangas que colgaban á la oriental hasta la mitad del vestido?

Esto nos ha dado las confecciones cortas y las mangas justas.

Entre los vestidos mas hermosos de esta primavera, citaré el vestido Diana, con un cuerpo cerrado en media punta redonda. Es de tafetan chiné gris plateado, montado á gruesos pliegues y orlado abajo con un solo rizado de tafetan. Tiene dos bolsillos ocultos por una cinta azul y un entredos de guipure. Sobre el cuerpo este mismo adorno parte de la escotadura dividiéndose en pequeño fichu puntiagudo, y pasa derecho sobre el pecho y los brazos anudándose por detrás. Es un ornato del tiempo de Luis XV.

Señalaré igualmente:

— Un traje de visita compuesto de un vestido de tafetan azul con el bajo de la falda recortado y adornado con ruches de tafetan negro.

Cuerpo Odessa, la mitad azul y la mitad negro.

Con este vestido se lleva una confeccion de cachemira negro bordado muy elegante.

— Un vestido de tafetan violeta de Parma con un cuerpo Isabel y mangas españolas reproducidas con cuchillos de tul blanco y entredos de Chantilly. La falda tiene tres pequeños volantes rizados, y coronados con un entredos de encaje negro; otros tres volantes subidos al sesgo por la izquierda atraviesan la falda.

— Un vestido de tafetan verde imperial adornado hácia abajo con un volante de Chantilly coronado con tres pequeños volantes recortados y rizados, y una greca de entredos y encaje negro. Las mangas estrechas tienen en el puño un rizado de Valenciennes y encaje negro.

Puesto que hay bailes todavía, debo consignar aquí los prendidos que en ellos se lucen.

Los oropeles han sido reemplazados por flores naturales, como que estamos en la primavera.

Elegid entre los trajes siguientes:

— Un vestido de tafetan blanco adornado en cada paño con bandas de crespon plegado en abanico, y cocas de raso malva claro. El cuerpo lleva una drapería de tul ilusión. Las mangas cortas y pequeñas llevan bullones de tafetan adornados con cintas; camisolin de aplicacion de Inglaterra. Tocado compuesto de un lazo de lilas formando pouff en la cabeza.

— Un vestido de tul blanco con bullones hácia abajo y lazos de terciopelo azul sostenidos por una rosa. Sobre los bullones de tul hay espirales de punto de Inglaterra separadas por ruches de tul azul. Sobre el lado un chal de terciopelo azul con ramillete rosa.

El cuerpo tiene un cinturón puntiagudo de terciopelo azul y draperías de tul orladas de encaje.

— Un vestido de tarlatana blanca formando túnica y recogida en cada paño en vuelta Camargo sobre una falda toda llena de

bullones y de ondas de tarlatana blanca. Parece un monton de nieve, entre la cual descuella un ramillete de musgo con una rosa purpurina.

La persona que lleva este vestido no aparenta nunca mas de quince años.

— Un vestido de gasa blanca con un cuerpo formado de pliegues que se adelgazan en el talle y se ensanchan despues. Un gran volante pegado en su derredor describe una falda guarnecida de ruche de blonda y de tul con polvo de oro y bullones blancos y verdes.

Pasemos á los sombreros.

Para dáros una idea anticipada de las flores mas graciosas del buen gusto, he ido á casa de Alexandrine, y he aquí lo que he visto:

— Un sombrero Pamela de paja de arroz orlado de terciopelo negro y adornado con dos camelias blancas que forman un lazo sobre el ala muy rebajada. En el interior una coca de tul Malinas terminada por un terciopelo negro. No mas blondas, así lo ha decretado Alexandrine.

Las cintas de tafetan blanco festoneado parten del bavolet de paja de arroz.

— Otro sombrero tambien lleno de blonda con cinta rosa atravesada que contiene un grueso pouff de cinta rosa de tres tonos. En el interior cocas de tul Malinas, y al rededor ribete de trencilla rosada con ramitas verdes.

— Una capota de tafetan y crespon malva de tres tonos, de estilo Camargo, que lleva por adorno dos gruesos lazos sostenidos por una corbata de tafetan negro que caen en puntas sueltas. El fondo es de tafetan y de crespon, con bavolet de crespon. En el interior un lazo malva con yerba. Cintas de dos colores malva y lila.

— Un sombrero de crespon rosa velado de rizados de tul blanco con cintas rosa cubiertas de blonda vueltas á la Mosquera por un lado, y cayendo sobre el bavolet de crespon rosa. Cuatro gruesos capullos de rosa caen por un lado á modo de pluma. En el interior adorno de tul Malinas con tres capullos sin follaje y vástagos de rosal. Nada mas original que este adorno.

— Un sombrero blanco de crin con bavolet de tul y grueso lazo de cinta color vesubio, puesto sobre el bavolet. El fondo del sombrero es de cinta vesubio con espirales de blonda y encaje negro dispuestas en cocas. Por un lado una cinta de tafetan negro sostiene dos racimitos de semillas, negro y vesubio. En el interior cocas de cinta negra y cinta vesubio con racimito de semillas.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin, que representa tres bonitos trajes de seda, mas sencillos que los de baile, pero no menos encantadores.

Primer traje. — Vestido de tafetan azul abierto en el bajo de cada paño, recogido y formando á cada lado unas vueltas entre un plegado de tul azul sostenido por una cinta núm. 1 de raso azul; un lazo de cinta de raso se ve en la punta de cada vuelta, entre las cuales se distinguen bullones de tarlatana blanca adornados con rosas hácia arriba. El cuerpo de punta lleva una berta de tafetan adornada con un plegado de tul y un lazo de cinta en cada hombro y hácia el medio del bajo. Por detrás y por delante el espacio que queda libre entre la berta tiene bullones y una rosa. Las mangas muy cortas los llevan tambien, y van adornadas con una rosa colocada entre las cocas de tafetan rizado. Brazaletes con pedrerías. Collar de perlas finas, tocado formado con una pluma que cae sobre el lado y va acompañada de una rosa.

Segundo traje. — Vestido de tafetan blanco, adornado en cada paño de bandas de crespon plegadas en abanico, y de cocas color malva claro. Cuerpo de punta adornado con una drapería de tul ilusión. Las mangas muy cortas, llevan bullones de tafetan y cintas; brazaletes de perlas; tocado de raso y terciopelo malva; abanico antiguo.

Tercer traje. — Vestido de crespon grosella velado con una túnica de tul, blonda negra y luego con volantes de encaje negro; la túnica lleva lazos de terciopelo negro y medallones de granate en medio. Cuerpo de punta velado como la falda y adornado con una drapería de crespon grosella y blonda negras; un encaje negro termina esta drapería. Las mangas cortas son de crespon y tul negro velado con un encaje; en cada hombro y en el bajo del medio de la berta hay un lazo de terciopelo con granate en medio. Brazaletes de granates y perlas finas. Tocado compuesto de un bandó de terciopelo grosella adornado de granates y una pluma caída al lado; abanico chino.

Cuarto traje. — Vestido de tafetan paja adornado en el bajo de la falda con un volante plegado de blonda blanca, y varias ruches de raso boton de oro. Cuerpo de punta abierto por detrás y por delante, dejando ver bullones de tarlatana, sobre los cuales hay ruches de raso. Las mangas cortas son de tarlatana con ruches. Las ruches que adornan los lados del cuerpo tienen un plegado de blonda estrecha por un lado y mas ancha por el otro. Un chal de tul ilusión completa este traje. Tocado formado por una cadeneta de oro mezclada de perlas que pasa en un rollo de terciopelo malva puesto á la cabeza de una pluma blanca. Brazaletes de perlas finas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Una marquesa célebre.

INTRODUCCION.

En cierto viaje que hice á Normandia en 1838 me ocurrió una singularísima aventura.

Hallábame en Ruan, y queriendo visitar las ruinas de la abadía de Jumieges que no conocia, tomé un carruaje en el muelle del Havre para trasladarme á Yainville, que está cerca de Duclair.

Preparábase á subir al coche cuando llegué á la

oficina ó despacho de salida: el conductor inscribió mi nombre en el registro, y partimos.

Eramos ocho: dos aldeanas, una señora de Ruan con su esposo y un hijo, un eclesiástico, un caballero vestido de negro, y yo en traje de viaje.

Los viajeros fueron llamados por el mismo orden que llevo referido; pero cual fué mi admiracion al oír decir al conductor en alta voz: ¡el señor de Brinwilliers! Volví la cabeza, y vi al caballero del traje negro que subía al carruaje, y tomaba asiento en la primera banqueta, haciendo observar que estaba inscrito por Jumieges; yo me senté á su lado, y nos pusimos en camino.

El nombre de Brinwilliers, tan desgraciadamente célebre desde el siglo XVII, me habia llamado la atención; recordaba haber leído en las *causas célebres*, que esta familia era oriunda de Normandia; pero no podia pensar que alguna vez encontrara y tuviera sentado á mi lado á un descendiente de esta noble familia.

Despues de algunas horas de camino llegamos á Yainville. M. de Brinwilliers y yo bajamos del coche, y seguimos un pequeño sendero que se presentaba á nuestra izquierda, y conducía á Jumieges. Hacia cinco minutos que caminabamos en silencio, él grave y con aire magistral, y yo admirando los llanos cubiertos de verdura que se confunden á lo lejos con las azules montañas del horizonte, y van á perderse en las aguas del Sena.

Quizás hubiéramos guardado por mucho tiempo el mismo silencio, si una circunstancia, fútil en apariencia, no hubiera venido á turbarlo.

Una antigua iglesia romana, destruida por el tiempo, se ofreció á nuestra vista; por un instinto natural en semejantes casos, nos separamos del camino que seguíamos, y nos dirigimos al vetusto templo. Despues de abrir una puerta esculpida en madera, pero ya carcomida, nos encontramos en un lugar sombrío, miserable y degradado, que servía á la vez de almacén y de caballería. A este aspecto mi compañero de viaje exhaló un suspiro, y exclamó:

— Ved, caballero, la suerte de todas las cosas en este mundo.

Yo iba á responderle, pero añadió:

— Hace siglo y medio que el pueblo de Yainville se agolpaba en esta iglesia. Esos muros, esas bóvedas, esos capiteles, esas columnas, esas estatuas y esos altares, hoy manchados, profanados y mutilados por la mano de los hombres, estaban cubiertos en otro tiempo de ricas pinturas. En lugar de esa cárcel (1) se encontraba un magnífico órgano, y donde veis esos instrumentos de jardinería, se elevaba un confesonario, ante el cual venían á arrodillarse mis antepasados. ¡Pues bien, caballero, todo se ha destruido; los Brinwilliers bienhechores de esta parroquia han muerto, la fe se ha extinguido, la iglesia no existe, y la aldea se halla desierta!...

Y repitió sordamente:

— ¡Ved la suerte de todo en este mundo!

Un lenguaje semejante en boca de un hombre, cuyo apellido me habian enseñado á maldecir desde mi infancia, me causó extrañeza. Debí sin duda apercibirse del efecto que sus palabras habian causado en mí, pues dirigiéndose hácia la puerta, añadió:

— ¡Oh! mucha sorpresa os causaría, caballero, si os dijera que la marquesa de Brinwilliers...

— Esa execrable envenenadora, añadí yo algo aturdido.

Mi *ciceronne* se mordió los labios.

— Si os dijese, caballero, que la marquesa de Brinwilliers ha nacido en esta aldea, y que ha sido bautizada en esta iglesia...

— ¿En esa iglesia? ¿Pues cómo es que esa particularidad no se encuentra consignada en ninguna historia?

— Porque la mayor parte de las historias de estos tiempos son falsas ó incompletas. Recuerdo que hablando Voltaire de los historiadores que le habian precedido decía: *¡hé aquí cómo se escribe la historia!* Y creo que si Voltaire escribiera en el siglo XIX tendría aun razon.

— Sin embargo, repliqué, la historia de la marquesa de Brinwilliers ha sido sacada de las piezas de su proceso.

— No. El guía de los historiadores y hasta de los dramáticos, es una mala obra del abogado Richer, que lleva por título *causas célebres*. Yo, caballero, voy á publicar la vida de la marquesa de Brinwilliers; no voy á rehabilitar la memoria de mi parienta, esto seria inútil é inconveniente á la vez; pero presentaré á esa mujer tal cual fué desde su nacimiento hasta su muerte. Para hacer este largo y penoso trabajo me he servido de las cartas y papeles de mi familia; he consultado los registros del Parlamento, los archivos del palacio, los hechos publicados en 1776 en favor y en contra de ella, las relaciones manuscritas de su abogado y su confesor, las memorias, las gacetas de aquella época, y todo, en fin, cuanto ha podido tener relacion con el proceso de la señora de Brinwilliers.

Abrió una gran cartera que llevaba debajo del brazo, y mostrándome varias carpetas de papeles escritos,

— Si el tiempo me lo permitiera, dijo, haciéndome examinar una á una las páginas de su manuscrito, é indicándome con el dedo las fuentes de donde habia sacado cada pasaje, os daría un resumen exacto, y sobre todo dramático, de esta nueva historia, tan curiosa, y á la vez tan desconocida.

(1) Instrumento de carpintero.

Admirado de semejante proposición, me apresuré á decir con ademán suplicante:

—Junieges dista aun una legua escasa; el tiempo está hermoso, el calor no es excesivo; si os parece, caballero...

Mi compañero consultó su reloj, reflexionó algunos instantes, y con aire satisfecho,

—Acepto, me dijo.

Acortamos el paso, y empezó en estos términos.

I.

LA CALLE NUEVA DE SAN PABLO.

En 1658 existía en París una calle abierta hacia mas de un siglo en el recinto que ocupaba la casa del abad de Saint-Maur-des-Fossés; esta era la calle nueva de San Pablo, en el Marais, aun mas triste, silenciosa y desierta que hoy. Estaba formada por palacios edificados con solidez por Luis XIII, y habitados por nobles, magistrados y procuradores generales. La circunstancia de ser poco frecuentada hacia que se disfrutara en esta calle una perfecta tranquilidad, teniendo además la ventaja de estar situada entre el arsenal, la Bastilla y la plaza Real, esto es, en el centro de las reuniones, los paseos y los placeres.

Desde que se se entraba en la calle de San Pablo se distinguía un palacio, mas grande, mas elevado, y que respiraba mas magnificencia que los inmediatos. Había sido edificado recientemente por el célebre Lemercier, facheado con lujo, construido con piedra y ladrillo, y adornado con estatuas. Este palacio era el de M. de Aubry, lugar-teniente civil de la ciudad de París. Penetrábase en él por una puerta abovedada, de cuarterones esculpidos en rocalla, y por una ancha escalera de piedra se llegaba á las habitaciones del primer piso.

Preciso es haber visitado alguna de las habitaciones de aquella época, para poder formar un juicio exacto de la grandeza y prodigiosa elevación de las que encerraba el palacio de M. de Aubry.

La antecámara de un lugar-teniente civil del siglo XVII tenía un aspecto particular, y recordaba hasta cierto punto, y por la clase de sus adornos, los principales rasgos de nuestra historia nacional. En la de M. de Aubry se encontraban magníficas pinturas que representaban las batallas de Carlos VII, Francisco I y Enrique IV, los retratos de los reyes de Francia, de los gobernadores del palacio y de los condestables y prebostes, las cartas geográficas de las provincias francesas, y los planos del recinto de París, según las diversas mejoras que este había recibido.

Desde esta antecámara se pasaba á las vastas habitaciones interiores que conducían á un pequeño y perfumado salón, adornado con cierta coquetería, sus muebles eran esculpidos y de excelente tapicería, y magníficos espejos y cuadros de gran precio cubrían sus paredes.

Cualquiera que hubiera entrado en este salón se habría admirado de la extraña actitud en que se hallaban las dos damas, jóvenes aun, que se encontraban sentadas delante de la chimenea. La primera que daba el frente á la puerta de entrada, tendría unos veinte y cinco años; era de pequeña estatura, de formas delicadas, y la palidez resaltaba en su rostro. Largos y sedosos cabellos negros caían formando bucles sobre sus hombros, y ocultaban la gola de encaje sujeta á la bata de satén blanco que ceñía su cuerpo, y que abierta por delante, y cubierta de lazos estaba guarnecida de borlas de color azul y rosa. Un reloj y un medallón pendían de dos cadenas de oro, y se hallaban sujetos á un cinturón. Esta joven, sentada en un ancho sillón de madera dorada, apoyaba la cabeza en sus manos, cuya blancura igualaba á la del alabastro; su rostro, medio oculto, tenía la expresión del mas vivo dolor, y de sus ojos, fijos en el suelo, se desprendía un torrente de lágrimas. La otra mujer, que estaba sentada frente á la ventana, tendría cuatro ó cinco años mas de edad que su compañera; su estatura era mas elevada, y llevaba el traje negro de las hijas de la casa de Dios. En su rostro, que expresaba la dulzura y la calma, se distinguían las huellas del sufrimiento. Sentada tambien en otro sillón de los llamados á *la Voltaire*, fijaba sus miradas en la joven cual si quisiera leer en el fondo de su corazón, é interpretar su pensamiento.

Un profundo silencio reinaba en la habitación, solo interrumpido por el chisporroteo del fuego que ardía en la chimenea, y el ruido monótono y cadencioso que producían las oscilaciones de la péndola de un magnífico reloj, colocado entre una *Magdalena arrepentida* de Lebrun, y una *Sacra familia* de Lesueur.

Hacia ya algunos instantes que reinaba este triste silencio, cuando la hermana de la caridad, tomando repentinamente la palabra, dijo con acento de angélica dulzura:

—Margarita, ¿cuál es tu secreto? ¿No sabes que he sido siempre para ti tu mas fiel amiga y compañera?

—Sí, hermana mia; pero ignoro si serás tan indulgente conmigo como lo eras en otro tiempo, si tus consejos consolarán mi alma, y si tu perdón llevará á ella el reposo y la felicidad que he perdido.

Y su voz se hizo tan débil como la de un moribundo.

—Dios es grande y bueno, ten confianza en él.

Estas sencillas palabras, pronunciadas con voz solemne por la hermana Maria, consiguieron su objeto, pues la joven continuó:

—Hace siete años, aun debes acordarte, acababa yo de cumplir los diez y seis. Nuestro padre, M. Dreux de Aubry, fué á verme al convento, y con mas benevolencia que de costumbre me anunció mi próximo enlace con el marqués de Brinwilliers, maestro de campo del regimiento de Normandía.

Al llegar aquí hizo una pausa; aproximándose despues á su hermana continuó:

—A los diez y seis años ignoraba yo que existiese en este mundo otro sentimiento que el de la amistad; amaba á mis compañeras como á hermanas, y compartía con ellas el tiempo que me dejaba libre al estudio. Entonces era feliz. En un solo instante esta vida tranquila huyó para siempre, y salí del convento para ser, por obediencia y no por amor, la esposa de M. de Brinwilliers. Pero lo mas terrible, hermana mia, es que mi marido no me amaba; se había desposado conmigo para disfrutar las doscientas mil libras de renta que constituían mi dote. Pues bien: ¿querrás creerlo? Durante cuatro años sufrí esta cruel indiferencia: no amaba, ni era amada.

Detúvose un momento para contener su emoción, y despues continuó:

—Cinco años despues de mi matrimonio, es decir, en 1656, los desórdenes de los pages y lacayos conmovían á París; estos criados, no contentos con batirse en las calles, robaban á los comerciantes, insultaban á las mujeres, rompían los cristales, turbaban las sesiones de los tribunales, salvaban del castigo á los culpables, y daban sangrientos combates á los arqueros del preboste. En aquella época mi marido, ausente de París, servía con su regimiento á las órdenes de Turenna, contra las tropas españolas mandadas por Condé; tú, hermana mia, estabas en Italia, y yo habitaba mi casa de campo de Picpus.

Una noche, era el 16 de julio, salía yo de casa de Panautier, recaudador general del clero, que habitaba entonces cerca de la torre de Nesle, y me volvía á Picpus. Al pasar por el puente que se acababa de construir frente á la puerta Dauphine, mi cocheró fué asaltado por unos lacayos que le arrojaron piedras, tratando de penetrar en el carruaje. Una hora antes, el coche de M. de Tillandet había chocado con el del duque de Espéron, y los lacayos de este lo habían roto. Tal vez iba el mío á sufrir la misma suerte, cuando un joven oficial, á quien yo había visto al paso, apareció acompañado de soldados. Espada en mano se acerca á mí, se entera de lo ocurrido, ataca á los mas revoltosos, hiere ó mata á los que le oponen resistencia, y pone en completa fuga á todos aquellos malvados. Cuando bajé del coche para dar las gracias por mi misma á aquel valiente oficial, ya había desaparecido.

—¿Y sin duda no has vuelto á verle?

Sin reparar en la pregunta de su hermana, la marquesa continuó así:

—Acababa de recoger una cartera, en la que, cosa extraña, se encontraba mi retrato hecho de memoria. Ya dictaba las disposiciones para que fuese buscado por mis gentes el poseedor de este objeto, cuando se presentó de nuevo el mismo joven, con el brazo izquierdo vendado, la cabeza ensangrentada, y desfigurado el rostro por una extrema palidez. Quiso dirigirme algunas palabras, pero le faltó la voz, sus ojos se cerraron, y su cuerpo cayó sobre el estribo de mi carroza. Una hora despues recobraba el sentido en mi casa de Picpus.

A medida que la marquesa avanzaba en su narración, crecía la admiración de Maria; hubiera querido hacer algunas preguntas á su hermana; pero todo lo que acababa de oír la había dejado en un estado incapaz de pronunciar una sola palabra. Por fin, se decidió á interrogarla; pero Mme de Brinwilliers, preocupada con su relato, interrumpió á su hermana, que la pedía nuevos detalles sobre este hecho novelesco.

Ocho dias despues de esta aventura, continuó la marquesa exhalando un profundo suspiro, un nuevo sentimiento se había despertado en mí; era amada, Maria, y yo, esposa criminal, amaba tambien al caballero de Saint-Croix, al joven oficial del regimiento de Tracy que había salvado mi vida.

—¿Tú, Margarita? exclamó la hermana Maria.

—Sí, no me censures, hermana mia; tú no sabes lo que es desposarse con un hombre sin estar unidos por los lazos del amor; tú no sabes lo que es pasar la vida con el ser á quien se aborrece, y encontrar una noche, en medio del peligro, al objeto de nuestros ensueños, á aquel que una mirada, una sola palabra enlaza á nuestra existencia, como el alma está enlazada á Dios. Tú misma, Maria, añadió con ternura, tú misma le hubieses amado, si le hubieras conocido, si le hubieras oído contar su vida pobre, agitada y misteriosa, si te hubiera dicho: «Margarita (pues nunca supo los nombres de mi padre y esposo), Margarita, yo no tengo patria ni familia; no conozco á mi madre, é ignoro el país que me vió nacer. Soy noble, según dicen, noble, sí, pero sin nombre; noble por el adulterio ó la seducción; ¡envidiable nobleza por cierto! ¡Cuántas veces maldigo á mis padres, cuando despues de una brillante acción me preguntan su nombre para recompensarme! ¡Cuántas veces cansado de tantos ultrajes he querido hacerme matar presentando mi pecho á las balas, pero la muerte me ha respetado! ¡Me atreveré á confesaroslo, Margarita? He llegado á pensar en el suicidio; muchas veces me he dormido con una pistola sobre el corazón, creyendo no despertar jamás. Tenía una sola esperanza, y esa esperanza érais vos, Margarita. Os encontré, os vi joven, bella y simpática, y pinté de memoria vuestra imagen en este medallón. Os amé como el único ángel que tenía en la tierra, como la única mujer que debía

hacerme participar de la felicidad, como una madre, como una hermana, ó como una amante.»

—¿Pero qué ha sido de ese joven? preguntó la hermana Maria con interés á la par que curiosidad.

—Quince dias despues, su regimiento salió de París y marchó á Valenciennes, donde entonces se hallaba mi marido. Partió pues prometiendo escribirme...

—¿Luego le dijiste tu nombre? dijo Maria interrumpiendo á la marquesa.

—No, continuó esta; sus cartas debían dirigirse á mi casa de campo bajo el nombre de Margarita. Dos años he esperado en vano, y aun espero. Hace tres meses que M. de Brinwilliers me escribió anunciándome que el sitio de Monmedy había sido funesto para el regimiento de Tracy, y que muchos de sus oficiales habían muerto en él. ¡Quién sabe si M. de Saint-Croix será de este número!

—Valor, hermana mia, dijo Maria aproximándose, y cogiendo entre las suyas la mano de la marquesa; ten valor y olvida ese amor ilegítimo; piensa solo en la reparación de tu falta...

—Aun no lo sabes todo, continuó la joven titubeando, no se trata solo de un adulterio, hay un... ¡oh, no! no tendré nunca valor para revelarte este terrible secreto.

—Me haces temblar, exclamó la religiosa alejándose de su hermana.

—¡Ah! ¡cuán culpable soy! continuó la marquesa. Te he llamado, hermana mia, para recibir tus consuelos, porque creo que no hubiera tenido el valor suficiente para revelar este crimen á mi confesor.

—¡Un crimen! ¡Ah! ya te comprendo, añadió Maria; luego ese viaje que hiciste el año último...

—Ese viaje lo hice para ocultar mi estado á la vista de mi padre y de mi familia, y para salvar mi honor y el de mi marido he cometido un crimen.

—¿Cuál? preguntó Maria con ansiedad.

—¡He muerto á mi hijo!

Al oír estas palabras, la hermana Maria arrojó un grito, levantóse de su asiento, é hizo sobre sí la señal de la cruz. La marquesa fijó en ella sus ojos inundados de lágrimas, y con ademán suplicante y la voz entrecortada por los sollozos, dijo:

—Es horrible hacer matar al hijo que se ha llevado en el seno, arrancar voluntariamente la vida á un pequeño ser que os tiende sus brazos; sí, es horrible, ¿no es verdad? Es un crimen, añadió elevando su voz, un crimen que ignoraban los pueblos salvajes, pero que se comete entre nosotros para rescatar el honor de una hija, ó salvar la reputación de una mujer.

—¿Porqué no lo hiciste educar lejos de tu lado? preguntó Maria animada por su cólera?

—¿Podía yo hacerlo? Confiándolo á manos extrañas me hubiera visto obligada á revelarle algún día el secreto de su nacimiento, ó dejarle vivir como á M. de Saint-Croix, maldiciendo á cada instante el nombre de su madre.

Apenas acababa la marquesa de pronunciar estas palabras, cuando se oyó el ruido de los caballos en el patio. Un criado se presentó en el dintel de la puerta y anunció:

—El señor marqués de Brinwilliers.

Un rayo que hubiera caído entre las dos mujeres no hubiera producido en ellas el efecto que estas palabras. El marqués de Brinwilliers llegaba despues de tan larga ausencia, cuando hacia tres meses que ni aun noticias suyas se tenían, y llegaba tan inopinadamente en medio de tan terrible confesión.

Habil en disimular sus pesares, la marquesa compuso su rostro, reparó apresuradamente el desorden de su tocado, enjugó sus lindos ojos humedecidos por las lágrimas, y apareció tranquila á pesar de su dolor.

El marqués entró acompañado de M. Dreux de Aubry y de un joven en traje militar.

—Buenos días, señora, dijo acercando á sus labios la frente de la marquesa.

Y sin reparar en la turbación de esta, añadió:

—Te presento á uno de mis nuevos amigos; es un joven prisionero á quien creíamos muerto, y que me ha prestado grandes servicios en el ejército.

Volviéndose despues hacia el desconocido, le cogió por la mano, y le dijo al oído:

—No digáis nada á mi esposa respecto á mi pequeña Eulalia del teatro del Petit-Bouffon.

Y como si solo hubiera tratado de la marquesa, añadió en alta voz y aproximándose á ella:

—Querida mia, te presento al caballero de Saint-Croix, capitán del regimiento de Tracy.

Al oír estas palabras la marquesa exhaló un grito y cayó desmayada en los brazos de su hermana. El lugar-teniente civil se aproximó á su hija, la examinó atentamente, y fijando su mirada en Saint-Croix, dijo en voz baja:

—Aquí hay un misterio.

II.

LA BASTILLA.

En la extremidad de la calle de San Antonio, y en el espacio de terreno que ocupa la plaza de la Bastilla, se elevaba antes del establecimiento de la república francesa un inmenso edificio, construido en 1369, reinando Carlos V, por Hugo Aubriot, preboste de París.

Este edificio, flanqueado de esbeltas, altas y gruesas torres, como dice Cristina de Pisan, y rodeado de an-

chos y profundos fosos, se llamaba la *Bastilla de San Antonio*, y servía á la vez de fortaleza, tesorería real y prision de Estado.

En 1661, esto es, tres años despues del regreso á Paris de M. de Brinvilliers, la Bastilla de San Antonio habia recibido ya un gran número de prisioneros. Para ser encerrado en ella, para pasar en sus calabozos la flor de la vida, y quizás para morir en ellos, no era preciso cometer un crimen, hacer traicion á la patria ó deshonorar la familia; bastaba adquirir importancia ó ser importuno; ser escritor exaltado ó enemigo de la nobleza, tener una hija que sobresaliera por su hermosura, ó amar á una gran señora, y sin otra forma de proceso, un sargento del preboste arrestaba al que incurria en cualquiera de estos delitos, y presentándole una orden sellada, le conducian silenciosamente á la Bastilla. Si pedia explicaciones, solo encontraba el silencio; si oponia resistencia, era maniatado, y si injuriaba á los arqueros, una mordaza cerraba su boca, yendo á expiar su falta en un húmedo calabozo, abierto á treinta piés debajo de tierra, bañado por hediondas aguas, y poblado de inmundos animales... y allí permanecia ocho ó quince días. Hé aquí la mansion que ocupaba el caballero de Saint-Croix dos años despues de haber sido presentado á Mme de Brinvilliers por su marido.

Saint-Croix, embriagado de felicidad al reco-



M. Billault, ministro sin cartera.

M. Billault, ministro sin cartera.

M. JULIO FAVRE, DIPUTADO.— M. KELLER, DIPUTADO.

Damos en esta página los retratos de los tres oradores que mas se han distinguido este año en la discusion del mensaje al discurso del emperador en los debates del Cuerpo legislativo, MM. Billault, Julio Favre y Keller. M. Billault cuenta ya una larga vida parlamentaria. Diputado de la oposición liberal en tiempo de Luis Felipe, representante del partido democrático moderado en la Asamblea constituyente, se ha ligado á la política dimanada del 2 de diciembre de 1851, y despues de haber sido sucesivamente presidente del Cuerpo legislativo y dos veces ministro del Interior, es hoy el primer orador del gobierno.

M. Favre (Gabriel Claudio Julio), bastonero de los abogados de Paris, nació en Lyon de una familia de comerciantes el 21 de marzo de 1809. Abogado en Lyon (1830), y luego en Paris (1836), se conquistó en breve uno de los primeros puestos, y desde hace algunos años se ha señalado como un gran orador tanto en el foro como en la tribuna del Cuerpo legislativo, adonde le han enviado los electores de Paris. Por una facultad excepcional, el vigor de la argumentación, la agudeza apasionada del sarcasmo y el fino ingenio del razonamiento, se unen en M. Julio Favre á la forma mas correcta y elegante



M. Julio Favre, diputado.

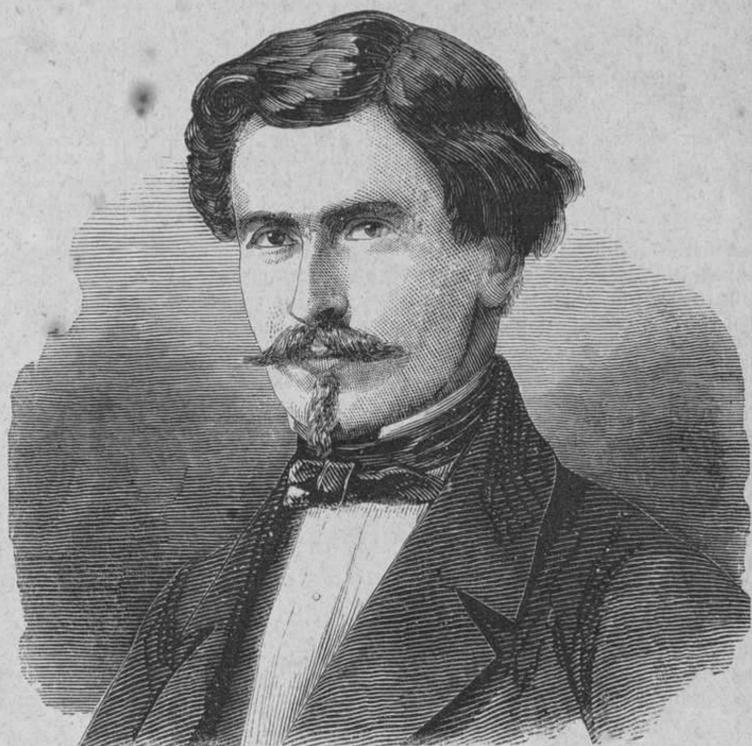
nador por un grueso muro.

— ¡Ah! ¡ya! dijo Saint-Croix haciendo rodar por el suelo á los dos arqueros que trataban de registrarle; ¿quereis decirme por qué se me arresta?

Los arqueros guardaron el mas profundo silencio.

— Sin duda se padece algun error; no puede privarse así de su libertad á un capitán del regimiento de Tracy que ha servido siempre á su país fiel y celosamente.

Un personaje bastante grueso y de pequeña estatura, que Saint-Croix creyó seria gobernador á causa de los honores que le tributaban se dirigió hácia él, y despues de reconocer los papeles que le habian sido entregados por el oficial del preboste, le dijo con acento de acritud:



M. Keller, diputado.

(Se continuará.)

nocer en la marquesa á la mujer á quien habia amado bajo el nombre de Margarita, pasaba todos sus instantes al lado de esta, la acompañaba al paseo, á los teatros y al campo, y sentado cerca de ella en su carroza, la consolaba de las insensatas disipaciones y locos amores de su marido.

Un día que se dirigian á Picpus con objeto de visitar el célebre convento de los Penitentes de San Francisco, en cuya iglesia se admiraban las magníficas figuras de Germa Pilon y el cuadro de Lebrun que representaba la *serpiente de metal*, se presentó un hombre vestido con el traje de los oficiales del preboste, y haciendo tener los caballos, rogó al caballero que le siguiera. Saint-Croix que no abrigaba ninguna desconfianza, bajó del carruaje, y despidiéndose de la marquesa, se dejó guiar por aquel hombre, que le condujo á una estrecha calle, donde cuatro arqueros se apoderaron de él, y le hicieron subir en otro coche. Indignado el caballero con aquella traicion, echa mano á su espada, pero esta no pende ya de su cintura; trata de indagar del oficial la causa de aquella arbitraria medida, pero sus preguntas no obtienen respuesta; quiere levantar las cortinillas del coche y pedir socorro á los transeúntes; pero todo es inútil, y cuatro brazos vigorosos le hacen permanecer clavado en su puesto.

Despues de algunos instantes de marcha se detuvo el carruaje en la calle de San Antonio frente á la de Jean-Beau-Sire, y delante de una puerta de cuadradas pilastras, sobre la cual se ostentaba el escudo de las armas del rey; era la entrada de la Bastilla. A una señal convenida descendió el puente levadizo; el coche pasó por debajo de la bóveda, y entró en una especie de patio largo, estrecho y tortuoso, en cuya derecha habia algunos cuerpos de guardia, y á la izquierda varias tiendas de vivanderos, describió una curva, y atravesando un nuevo puente levadizo se detuvo en el gran patio del castillo, en medio de una fila de soldados. Los arqueros hicieron bajar al preso, y le condujeron á una sala baja separada de las habitaciones del gober-

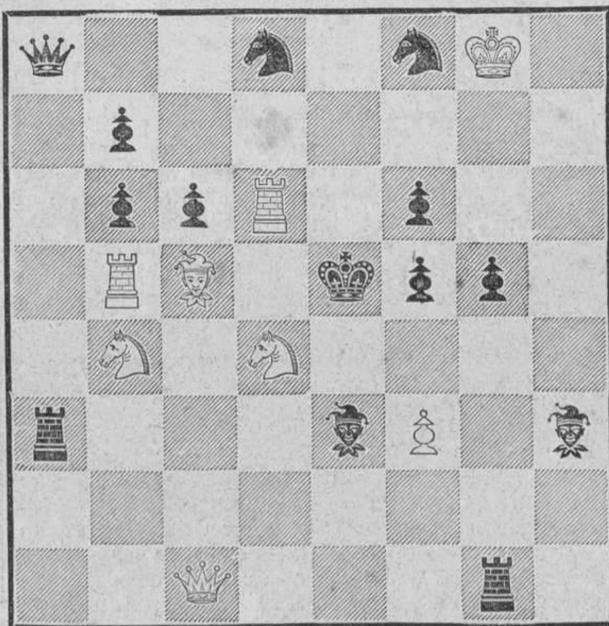
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 2.

- | | | | | | |
|----------|---|-----------|---------|----------|-------------|
| Blancas. | 1 | R 3ª ARª. | Negras. | PTR | 1 p. |
| | 2 | A c. CRª. | | PTR | 1 p. |
| | 3 | T 6ª CR. | | PCRª | 1 p. |
| | 4 | R 3ª Ra. | | R 4ª AR. | |
| | 5 | R 4ª Ra | | | jaque-mate. |

PROBLEMA NUMERO 3, POR FEDERICO R. (DE B...)

NEGRAS.



BLANCAS.

Mate en cuatro jugadas.

que haya jamás envuelto las ideas de un abogado ó de un hombre político. Las defensas de M. Favre en las causas del conde Migeon, del casamiento de los sacerdotes, de Saint-Maurys, Doisneau, Orsini, etc., son obras acabadas, aun bajo el punto de vista puramente literario.

Subsecretario de Estado en el Interior y luego en los Negocios extranjeros despues de la revolucion de 1848, miembro influyente de las dos Asambleas constituyente y legislativa, M. Favre fué en aquella época el *leader* de una gran parte de la izquierda. Separado de la vida política por el golpe de Estado, no volvió á ella sino en 1858, y desde esa época, á fuerza de talento, de habilidad paciente y de tacto, el antiguo orador del parlamento republicano ha sabido hacerse un puesto considerable en el Cuerpo legislativo.

M. Julio Favre ha escrito algunos folletos y artículos relativos á puntos de derecho ó de jurisprudencia. A su iniciativa parlamentaria se ha debido en 1848 una de las buenas leyes del régimen republicano, la ley de los *Concordats amiables*.

En cuanto á M. Keller, que cuenta tres años no mas de diputación en el Cuerpo legislativo, enviado por los electores del Alto Rhin en reemplazo del conde Migeon, su biografía es poco conocida, y á pesar de todas nuestras investigaciones, carecemos de noticias sobre este punto. Es un orador incisivo, y tanto mas acerbo cuanto que todas sus expresiones acusan una meditación summa. Dicen que no todos los discursos de M. Keller son improvisaciones; y en efecto, su palabra no tiene la espontaneidad de la elocuencia instantánea. M. Keller se ha hecho notar sobre todo por la parte que ha tomado en la defensa del poder temporal, que tiene en él uno de sus mas valerosos campeones.

En cuanto á los discursos que se han pronunciado en la memorable discusion á que aludimos, nada decimos sobre ellos, porque los lectores del *Correo de Ultramar* están bien enterados de su contenido por los extensos extractos publicados en la *Parte política*. E. T.